

CAMARADAS ENEMIGOS

POD
FRANK McFAIR



FRANK McFAIR

CAMARADAS ENEMIGOS



OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES «NEVADA»:

- «Hombres de rapiña», núm. 47.
- «Triple K», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodín», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).
- «¡Sangre!», núm. 13 (2.^a edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22.
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La bestia escarlata», núm. 58.
- «Billetes malditos», núm. 61.



SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—|CULPABLE|, por Alf Manz. (5.ª edición.)
2.—LA RDBRA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
3.—EL REY DEL HANPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª ed.)
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
13.—|SANGRE|, por Frank McFair. (2.ª edición.)
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS por Alar
Benet. (2.ª edición.)
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy (2.ª edición.)
16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
17.—|TRAIDOR|, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
19.—ALTA TRAIION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO
por Alf Manz. (3.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf. Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- » 29.—EL OCULO DE HIERRO, por Alar Benet.
- » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
- » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
- » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
- » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
- » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
- » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
- » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
- » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
- » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
- » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
- » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
- » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
- » 43.—TINEBLAS, por Alf Manz.
- » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
- » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
- » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
- » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
- » 48.—
- » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
- » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
- » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
- » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
- » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
- » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
- » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
- » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jack Brooklyn.
- » 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
- » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
- » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
- » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
- » 61.—BILLETES MALDITOS, Frank McFair.
- » 62.—CAMINO DE PERDICION, John Nebot.

En preparación:

A LA DERIVA.

I



A ambulancia yacía sobre un Costado y de su motor se escapaban densas columnas de humo. Dentro de un momento empezaría a arder y había que escapar de allí a toda costa. Vivían se arrastró otros dos metros sobre las rodillas y los codos, desgarrándose aún más el uniforme caqui. De su frente manaba un delgado hilillo de sangre, pero no le dio ninguna importancia. Lo principal, por ahora, era evitar que al estallar el depósito de gasolina la cogiera cerca.

La muerte había alcanzado a la conductora antes de que hubiera podido cerrar la ignición, y Vivían sabía que no podía hacer nada por su compañera. Lo sentía, sí, desde luego, pero hasta ahora no había tenido tiempo siquiera de darse cuenta de lo que para ella representaba, porque los acontecimientos se habían desarrollado a la velocidad del relámpago.

Miró hacia atrás. El humo era más espeso. Allá, en lo alto, en el puro cielo azul de Normandía, flotaban las nubecillas de los «schrappnells» de la artillería antiaérea, persiguiendo a una formación de cazas «Mustangs» y a unos cuantos bombarderos pesados que regresaban de una acción sobre los objetivos alemanes.

De pronto estalló. Un horrísono crujir que destrozó el camión sanitario, y el silbido de la esencia ardiendo, proyectada a su alrededor. Vivían se cogió la cabeza con las manos, pero instantáneamente, sus sentidos alerta le avisaron del peligro. Un chorro ardiente había prendido en la parte baja de sus faldas. Se revolvió como un gato y empezó a frotar con tierra la tela. Ésta humeó un poco y se apagó.

Con un suspiro de alivio, volvió a arrastrarse en la dirección en que le había parecido oír una voz. Efectivamente, unas cuantas yardas más allá había un hombre caído. Vivían no estaba atontada por el golpe que recibiera en la cabeza cuando la granada alemana alcanzó a la ambulancia, de manera que pudo darse cuenta de que el soldado vestía el uniforme de los paracaidistas ingleses, con los clavos de capitán en las charreteras. Y no parecía muerto, ni mucho menos. En aquel momento estaba intentando levantarse, y con un purísimo acento escocés proclamaba a los cuatro vientos su intención de romper cuantas cabezas germánicas encontrase en su camino por haberle destrozado su cantimplora de campaña y haberle deshecho su provisión de cigarrillos.

Al percatarse de que alguien se acercaba, echó mano a su pistola. Al instante, ésta brilló en su mano.

—¡Alto! —ordenó.

—No dispare —dijo ella con voz fatigosa.

—Adelante, yanqui —le dijo el oficial—. ¿Qué diablos hace usted por aquí?

—Lo que usted.

Había llegado hasta donde estaba él, en una especie de embudo, y se dejó caer a su lado.

—¡Dios, vaya un jaleo!

—¿Tiene miedo?

—Ahora, sí. Antes fue todo demasiado rápido para que pudiera sentir nada. ¿Hacia dónde caen nuestras líneas?

—Está usted sangrando, amiga. Déjeme que vea eso de la frente.

—No es nada; pero, por lo que más quiera, no se entretenga y dígame lo que tengo que hacer para volver con los nuestros.

—Eso quisiera yo. Pero creo que vamos a tener que esperar.

Era un hombre de unos veinticinco años, rubio y de gran corpulencia y estatura. Esto se advertía aun estando sentado como estaba.

—¿De veras no lo sabe? —preguntó ella, asustada, mirándolo con sus ojos castaños.

—Y tanto. ¡Ojalá que me hubieran dejado la brújula! Pero me parece que los americanos deben andar por allá —e hizo un vago gesto en el que parecía comprendida toda la península de Bretaña. Aquello no era decir nada, y la joven comprendió que su compañero no podría sacarla de apuros en lo que respectaba a su posición geográfica. Se dejó caer en el suelo, acercándose, más al hombre.

—No se preocupe —le dijo él oteando los alrededores—. Ya nos encontrarán.

—Pero no podemos quedarnos aquí. Vayamos andando hasta que...

—No puedo; me partieron una pierna —dijo él tranquilamente. ¿Cree usted que, de lo contrario, estaría yo ahora aquí? Me hubiese largado hacia otro sitio cualquiera.

Una batería pesada alemana empezó a machacar el terreno en alguna parte hacia su izquierda. El sol estaba empezando a arrojarse tras de los pinares.

—Pues estamos bien —comentó él—. Supongo que no tendrá un cigarrillo.

Vivían se lo dio y él lo encendió con ansia.

—Hablemos para entretenernos —dijo, tranquilamente.

Pero la joven estaba demasiado nerviosa, asustada y hambrienta. No había comido desde aquella mañana.

—¡Vaya al diablo con su flema británica! —le dijo, airada.

—Soy escocés, pequeña, no inglés.

—Mucho gusto —respondió Vivian, con sarcasmo—. Para lo que me sirve...

Hubo un silencio. A lo lejos se oyó el traqueteo de una columna americana de tanques y camiones. Debía ser americana, por lo menos, se dijo el paracaidista.

—Escuche, yanqui. Si sigue usted hacia la izquierda, donde

estalló aquella ambulancia... Por cierto, que ¿venía usted en ella?

—Sí, hombre, pero acabe de una vez. No gaste tanta saliva.

—Bueno, pues siga hacia allí y tiré por el borde de la carretera. Esos chismes que se han oído a lo lejos me han parecido los «Chevrolets» de sus compañeros americanos. Y el ruido que meten los «Sherman» es inconfundible. Bueno, pues siga hasta que logre hallarlos.

La joven se incorporó, pero al momento volvió a fijar su mirada en la pierna del escocés, doblada en un ángulo extraño y que él estaba procurando enderezar, lanzando gemidos entrecortados y maldiciones ahogadas.

—No puedo dejarlo aquí así —dijo—. Déjeme probar a ver si yo puedo arreglarle eso.

—¿Es usted médico?

—Casi.

Se arrastró hasta la pierna y comprobó que estaba partida por debajo de la rodilla. No debía ser una fractura muy enredosa, sino una cosa simple, que curaría pronto. Pero hacía falta reducirla.

—Muerda algo —le dijo, en voz baja.

La noche estaba cerrando rápidamente y del Oeste estaban empezando a llegar densos nubarrones. Pronto habría tormenta, pensó.

—¿Cree que soy de gelatina? —Gruñó el escocés, sombríamente—. Usted haga lo que le dé la gana y déjeme a mí el resto.

Aquello duró cerca de un cuarto de hora. Para cuando la joven terminó, empezaban a caer las primeras gotas de lluvia y era noche cerrada. Ella lanzó un suspiro y le respondió con otro.

—Buen trabajo —opinó el paracaidista—. Me gusta usted.

—Cállese.

Tapando la llama con una mano, ella prendió dos cigarrillos y le pasó a él uno. Fumaron en silencio. El fragor de la artillería había aumentado y los roncoss zumbidos de los aviones llenaban el espacio.

—¿Qué noticias hay? —preguntó ella por fin.

—Las mismas. Seguimos resistiendo en Caen para darles lugar a ustedes a que puedan hacer algo. Si hubiesen sido británicos todos los que desembarcaron, otra cosa sería. Hubiésemos echado a Jerry ya de Francia.

—¡Estúpido! ¿Cree que los americanos no sirven para nada?

—No tanto. Hacen películas y cosas así. Pero lo que es para la guerra... Desengáñese. No hay nadie como los escoceses. Por algo esos bribones de ingleses nos ponen siempre en primera línea — terminó, con patrio orgullo—. Sí, los ingleses también pelean cuando estamos junto con ellos.

El insoportable orgullo de aquel hombre la sacó de quicio.

—¡Cállese de una vez con tanta tontería! Si no se metiesen ustedes en guerras no tendríamos que venir desde América a sacarles de ellas. ¡Cállese o le pego!

—Bueno; si no tengo nada contra los americanos. Pero ya podía Patton darse más prisa. Estamos perdiendo mucha gente en Caen. He estado allí hasta ayer y le puedo decir que, combatiendo como lo hacen los alemanes, hemos necesitado todas nuestras energías para no dejarnos arrollar. Pegan bien, no crea.

Hubo un silencio y la joven se dio cuenta de que el paracaidista estaba haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para olvidarse de su herida y de sus condiciones actuales. Sintió un poco más de simpatía por él.

—Lo siento —dijo.

Y se acurrucó contra él, en la cálida noche normanda. Sentía una gran necesidad de protección, porque ella era débil y el otro parecía muy fuerte y decidido. En aquel momento oyeron el arrastrarse de algo que se acercaba poco a poco.

—¡Apártese! —dijo el británico, en voz baja y tensa—. Apártese, porque si es un alemán voy a...

La joven se echó a un lado, para no dificultar la visión y los movimientos de su compañero. Éste había vuelto a sacar la pistola y aguardaba, encogido.

Arreciaba la lluvia, que los estaba calando. El escocés se limpió el agua de los ojos y apretó aún más la pistola. Forzando las pupilas, pudo ver un bulto oscuro, más oscuro que la tierra y que el cielo anubarrado, y que se movía hacia allí. Debía haber oído el ruido de voces.

Levantó la pistola con cuidado, apuntando hacia el bulto. El dedo índice agarrotaba el gatillo, curvado sobre él. El menor movimiento de aquel dedo enviaría la muerte hacia «aquello».

Treinta segundos más. El bulto había dejado de moverse, como

si estuviera aguardando para que ellos se confiaran. La tensión de nervios de Vivian era tal, que un ligero suspiro, apenas una exhalación de aire, se escapó de su boca. Se sentía aterrorizada y rogaba a Dios con todas sus fuerzas que el británico no perdiera la cabeza y se pusiera a disparar a tontas y a locas.

Pero un escocés tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros y no la pierde con facilidad. Éste esperaba. Ya es sabido que, de noche y en el campo, no se debe mirar jamás de frente a aquello que se quiere ver, sino un poco al lado. Eso hacía él en aquel momento, presto para el disparo. Es que le quedaban pocas municiones y no quería malgastarlas en tonto.

Nuevo movimiento de reptación. El punto de mira de la pistola no dejaba de apuntarle. Pero al paracaidista empezaba a molestarle la pierna y sabía que se cansaría de aquella postura antes que el otro o lo que fuese. Llegaba la hora.

Sólo que no tuvo necesidad de hablar él ni de disparar. Una voz susurrante rompió el silencio. Hacía unos instantes que habían callado los cañones y no se oía el rugir de motores por ninguna parte. Un silencio extraño, roto a veces por algún tiro lejano.

—¿«Verdad»? —preguntó el susurro—. «Deutsche»?

El escocés no esperó más. Apretó el gatillo y la detonación resonó en la campiña como un trallazo. Se oyó un ahogado gruñido y un bulto saltó hacia adelante, cayendo sobre el herido. Un bulto oscuro, pero algo destelló, y Vivian dejó escapar una advertencia con voz aterrorizada:

—¡No dispare!

Porque había visto claramente el casco redondo y no cuadrado. No era un alemán quién se les venía encima, sino un americano.

También lo había visto el escocés, pero cuando ya era demasiado tarde. Por ahora estaba muy ocupado tratando de impedir que el otro le clavase la navaja de asalto en el vientre. El paracaidista era fuerte y sujetaba el brazo del otro.

—¡Aparte, maldito! —dijo, casi gritando—. ¡No vamos a matarnos entre nosotros!

El americano dejó de luchar.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó—. ¿Por qué me disparó?

—No pregunte en alemán si no quiere encontrarse con un balazo en la barriga —fue la seca respuesta del celta.

Ambos se habían separado. A lo lejos volvieron a oírse las detonaciones de los cañones pesados «Krupp» y las respuestas de los tanques americanos.

—Sabía que tenía que haber alemanes por aquí y no quería exponerme —dijo el americano—. ¿Qué les ocurre?

—La chica es una yanqui, como usted, y yo soy de los paracaidistas. Me lanzaron equivocadamente y...

—¿Información?

—Sí, algo así.

Hubo un silencio.

—Bueno; vámonos. Me ha pegado usted un tiro en el brazo y está empezando a dolerme. Menos mal que no tiene buena puntería.

—Pues tiré a matar, amigo. Me alegro de no haberle dado mejor. Silencio.

—Vámonos —insistió el americano.

—No puedo. Me partieron una pierna. Pero usted y la chica pueden largarse. Yo tengo que hacer aún aquí.

—No piense en ello. Creo que podré llevármelo.

—Ya le he dicho que tengo algo que hacer aquí. No me moveré hasta que no lo haya hecho.

El americano debió comprender por qué el otro no quería que se lo llevaran. Debía de temer que su peso pudiera hacer que no llegaran a las líneas aliadas.

—Usted se lo busca —gruñó.

Y le pegó un puñetazo en el mentón. El escocés, cogido por sorpresa, cayó hacia atrás.

—Ayúdeme, «girl» —pidió el americano—. Hemos de sacar de aquí a este tozudo.

La joven se volvió hacia él y le ayudó a poner al paracaidista sobre los anchos hombros de su compatriota.

—¿No está herido? —le preguntó.

—Por suerte, no fue más que una rozadura. Ya me las pagará cuando llegemos a casa. Y vigile bien. ¿Está armada?

La chica cogió la pistola del paracaidista.

—Vamos.

La lluvia les golpeaba en los rostros y encharcaba la sedienta tierra normanda. Era una lluvia caliente, de tempestad de verano y sus gotas eran enormemente grandes. Dando bandazos, ambos

avanzaron hacia la carretera. Cuando estaban casi para llegar a ella, oyeron el ruido de pesados carros de combate que avanzaban. Al instante, el americano se dejó caer al suelo, aconsejando a su compañera con un ronco susurro que le imitase. Había que tener prudencia, porque el general Patton, de los blindados americanos, en su embestida contra el flanco alemán para cortar en dos la nariz de Bretaña, había avanzado demasiado, alargando sus líneas. Podían encontrarse tanques alemanes en cualquier momento.

«Y eran alemanes» los que avanzaban. Vieron el gigantesco cañón del «Tigre» que venía en cabeza, y por sobre el ruido de los motores, oyeron guturales voces de mando. Otros dos tanques seguían al primero, pero los tres andaban muy despacio. Era evidente, para el práctico y experimentado americano, que las dotaciones de los carros de asalto estaban un poco desorientadas.

Se trataba de tres blindados que Patton se había dejado atrás en su avance. Grandes masas de infantería alemana, cansadas de luchas, se entregaban a los americanos, hambrientos. Eran hombres valientes, pero la guerra duraba demasiado y ellos ya eran maduros, procedentes de las últimas quintas.

No obstante, los de los tanques parecían dispuestos a luchar todavía. Estaban a unas cincuenta yardas del pequeño grupo, habiéndolos pasado ya, cuando toparon con el primer «Sherman» americano.

Al principio, no ocurrió nada. Pero el yanqui que llevaba al paracaidista sobre sus hombros, comprendió que vendrían los tiros enseguida y se aplastó aún más contra el suelo. Entonces, la primera explosión del cañón del «Tigre» que iba en cabeza, alumbró el paisaje fugazmente. El tanque aliado recibió el impacto de la granada de ocho centímetros y una sorda detonación se hinchó en su vientre, al estallar el depósito de municiones. Al instante, los carros alemanes se lanzaron hacia el campo para presentar menos blanco.

—¡Le dieron! —dijo el soldado americano, rabiosamente—. Como no queden más...

Pero sí quedaban. Al instante, el campo se iluminó con los estallidos de nuevos cañonazos y uno de los tanques alemanes fue alcanzado. El tercero dio media vuelta, preparándose para huir, y lo cogieron de nuevo entre el fuego cruzado de dos «Sherman». Cinco

minutos después, la batalla había acabado.

—Vamos —dijo el americano—. Pero con cuidado, porque nos recibirán a tiros.

Al incorporarse, siempre sin soltar al paracaidista inglés, gritó, con toda la fuerza de sus pulmones. Una voz, pon inconfundible acento tejanos, le contestó.

—¡No se muevan! —ordenó la voz—. No se muevan o disparamos.

De uno de los tanques se apearon dos hombres, que, pistola en mano, se dirigieron hacia ellos. Una linterna se encendió y Vivian vio que ya había más soldados yanquis investigando entre los destruidos tanques alemanes.

—Soy el capitán Templeton —dijo el americano, cuando los otros estuvieron cerca—. Y traigo un herido.

—Vamos, señor —respondió el otro—. Pueden ustedes venir en el tanque hasta que encontremos camiones y ambulancias. ¿Algún herido? —preguntó, dirigiéndose hacia sus hombres.

—Los nuestros murieron todos —dijo a lo lejos una voz—. Pero quedan un par de Pritzs heridos. Los transportaremos.

Un momento después, los cinco «Sherman» emprendían el camino de nuevo. Rodaron sobre sus cadenas unas dos millas y entonces desembocaron en una carretera casi transversal, por la que circulaba una ininterrumpida formación de «Chevrolets» del Ejército americano, artillados cada uno con una ametralladora sobre el «baquet». A los lados de la carretera iba la Infantería, con sus pesados cascos y los cinturones de lona llenos de granadas de mano. Algunos alemanes prisioneros iban entre ellos, barbudos y harapientos, fumando ansiosamente los cigarrillos americanos y comiendo las vitaminizadas raciones de campaña que les ofrecían sus aprehensores. No parecían estar demasiado pesarosos de haber dejado de pelear.

Una ambulancia, avisada por radio, se acercó hasta los tanques y los camilleros descendieron de ella. Un momento después, Vivían y sus dos compañeros rodaban camino del primer hospital militar.

El inglés recobró el conocimiento y parpadeó violentamente a la luz de la ambulancia, distinguió la cara de la joven, que se inclinaba sobre él, y una cara que le era desconocida.

—¿Qué, cómo va eso? —preguntó el americano—. Me llamo

Templeton, Ivor Templeton.

—Me pegó, ¿verdad? —preguntó el escocés.

—Sí, me pareció que era necesario.

Templeton era un hombre de unos veintiséis años, moreno y fornido. Iba completamente afeitado y su cara no presentaba ningún síntoma de mal humor.

—Maldita sea su costumbre yanqui de meterse siempre donde nadie lo llama —declaró el celta—. Mi nombre es Angus McTavis, y cuando me vea libre de vendajes y demonios, le devolveré la caricia.

—No sean estúpidos —intervino la muchacha—. Parece usted un crío, escocés. Él no tenía más remedio que golpearle para sacarlo de allí.

—Ya me lo dirá después —dijo Angus, sombríamente—. Yo tenía algo que hacer.

—Nosotros, los de Información, siempre nos imaginamos que la guerra estaría perdida si no fuera por nuestros servicios —dijo Templeton, comprensivamente—. Pero no hay que extremar las cosas. Ganarán la guerra nuestros generales, aun cuando nosotros nos cuidemos un poco y no nos metamos en demasiados jaleos, ¿no cree? —Era evidente que no deseaba pelearse con el británico.

—No lo creo así, ¡maldito sea! —declaró McTavis—. Yo tenía algo que hacer y usted me lo estropeó. Entremetidos americanos, eso es lo que son.

—Deje en paz a los americanos, ¿quiere? —preguntó Templeton, un poco ofendido ya.

—Miren al diplomático inglés —remachó la joven—. Parece el príncipe de Gales. El Imperio británico y todo lo demás. Los reyes de la creación. No se olvide, amigo, que nosotros somos ahora los más fuertes.

—Y si no fuese por nosotros andarían todavía con plumas por sus praderas —dijo el escocés, con saña.

Eso era, evidentemente falso, porque si bien Templeton tenía sangre checa en las venas, no tenía ni un glóbulo rojo de sangre india. En cuanto a la joven, era descendiente de ingleses por los cuatro costados.

El americano, al que un camillero le estaba vendando el brazo, miró con furia a Angus.

—Vuelva a decir eso y le sacudiré otra vez, estúpido —dijo, con voz tensa.

—No me diría eso si no tuviese una pierna rota —refutó el otro. Pero tendremos tiempo de arreglarlo cuando me cure. No se me escape cuando acabe la guerra.

—Ya sabe mi nombre. Y estoy adscrito a la Noventa y Nueve división, en el Estado Mayor. Tendré mucho gusto en darle una paliza.

—Le salvó la vida a usted y lo paga de esa manera —dijo la joven, escupiendo desprecio hacia el británico—. No merecía usted ni que se moviese un brazo por usted.

El escocés guardó silencio. Y en silencio llegaron al hospital.



Pidan los Inigualables cuadernos de

AVENTURAS DEL F. B. I.

DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

PRECIO: 1.25 ptas.!

II



L avión, un inmenso «Douglas» tomó tierra suavemente en el aeropuerto de Le Bourget y los mozos del campo pegaron a su costado la escalerilla. El primero que descendió fue un hombre de unos treinta años, de pelo oscuro y ojos castaños. Iba completamente afeitado y llevaba en sus manos una maleta de piel de cerdo, bastante cara.

Pasó por las formalidades harto suaves de la Aduana, y ya en las afueras del campo, hizo señas a un «taxi» rojo y negro.

—Lléveme a un hotel de segundo orden. Me importa poco cuál sea, con tal de que no esté lejos de la plaza de la Estrella.

Hablaba el francés fluidamente y con dicción perfecta, pero su acento lo delataba. Era americano. El chófer puso en marcha el coche, y media hora después, lo detuvo en la avenida de Friedland. Esquina a la calle de Balzac, en la misma manzana de casas que la

capilla española, había un hotel, que se titulaba a sí mismo pomposamente Gran Hotel Americain. De americano, por otra parte, no tenía más que el nombre. Pidió en el «comptoir» una habitación con baño, y un momento después, se dio una ducha, mientras un «botones», con aspecto de pilluelo «montmatrois», le abría la maleta y lanzaba exclamaciones de entusiasmo a cada nueva prueba de las comodidades que los almacenes americanos ofrecen a sus clientes.

El extranjero salió, frotándose reciamente con una toalla felpuda y sonrió al chico.

—Puedes fumarte uno de esos cigarrillos, hijo —le lanzó por encima del hombro—. Pero no me los robes cuando yo esté fuera.

—«Oui *monsieur*». Pierda cuidado.

Vestido con un traje castaño y una gabardina caqui el americano salió del hotel y caminó avenida de Friedland adelante hasta alcanzar el *boulevard* Hausmann. El otoño había llegado un poco tardíamente pero bien acompañado de viento y lluvia. Las hojas secas de los castaños revoloteaban en las calles y del río se levantaba una niebla amarillenta que se desflecaba entre las casas.

En la calle de Courcelles, casi esquina a la de Cézanne, vio una casita de dos pisos, con el mismo aspecto vetusto de todas las que la rodeaban. París, ya se sabe, es una de las ciudades cuyas casas pueden vanagloriarse de tener más mugre, y ésta no desentonaba de las demás.

Entró en el portal. En una especie de jaula de cristal había un hombre leyendo el periódico. Alzó la vista cuando vio al americano, pero no hizo gesto alguno para detenerlo. El visitante ascendió al segundo piso y caminó por un corredor hasta alcanzar una puerta, prevista de cristales esmerilados. Llamó y esperó un momento.

El hombre que le abrió era de mediana edad e iba muy bien vestido. Un bigote poblado, pero de pelo corto, hacía asemejarse su labio superior a un cepillo de cerdas grises.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Quiere pasar?

Se encontraron en una pequeña pieza, que servía de «*living*», y a la que daba una puerta. Ambos franquearon ésta y entraron en un despacho, cuya ventana, grande, de tipo francés, daba sobre Courcelles. Desde ella se veía perfectamente la torre Eiffel, al otro lado del río.

El americano sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta y extrajo de ella un papel doblado, que ofreció al otro. Éste lo desdobló y le echó una ojeada.

—Perfectamente, Templeton —dijo—. Me alegro de conocerlo.

—Y yo también, señor.

Se estrecharon las manos y el hombre del bigote le señaló un sillón de aspecto particularmente confortable.

—Siéntese y fume si quiere —dijo—. Estaremos más cómodos.

Fumaron unos instantes en silencio. A hurtadillas Templeton examinó a su interlocutor. Había oído hablar mucho de él. De su inteligencia oculta bajo aquella fachada burguesa; de su rectitud y de su casi inhumana frialdad. Era un hombre que, cuando tenía que cumplir un deber lo cumplía pese a todo y a todos. La agudeza de sus ojos grises, que comúnmente ocultaba detrás de unos lentes ahumados, pero que ahora estaban fijos en Templeton, era sumamente molesta para aquél a quién observaban.

—Bien, señor —dijo Ivor.

—Escuche, Templeton. Su trabajo no va a ser nada fácil, supongo que ya lo sabrá.

Sí, señor. Algo de eso me dijeron en Washington.

—Bien. Extraoficialmente, el Gobierno francés sabe su presencia aquí y a qué ha venido, pero oficialmente usted no es nadie. Un comisario de Policía o un agente del Segundo Bureau le echará una mano si se presenta la ocasión, pero un simple policía lo detendrá y lo pondrá en un compromiso si usted se extralimita, ¿comprende?

—Sí, señor. Esperaba eso.

—Bien —el hombre del bigote gris miró un par de papeles que tenía sobre la mesa, pensativamente. Templeton hubiera jurado que ni siquiera los veía—. Pues entonces, al trabajo. Nosotros estaremos en constante comunicación con la Crowcass y ésta quizá nos ayude, pero no lo espero, al menos por ahora. Ella no pudo encontrar al hombre que buscamos, a pesar de su buena organización. No crea que nos han encomendado una futesa.

—Lo sé, señor.

La Crowcass —Oficina Central de Registro de Criminales de Guerra y Sospechosos— es una organización casi perfecta en su género. Miles y miles de hombres acusados de haberse extralimitado en el cumplimiento de sus deberes militares o civiles

cuando Alemania aún no había sido vencida han sido hallados por ella, a pesar de haberse ocultado como escolopendras entre un peñascal.

—Y, sin embargo, Gotfried Schlaps ha conseguido escapar —dijo el hombre del bigote—. Nosotros, los del

F. B. I.,

le dijimos a la Crowcass que estaba, casi seguramente, en Francia. ¿Por qué?

—Me lo imagino, señor. He oído decir en Washington que él era alsaciano.

—Así es —dijo su interlocutor, aprobando con la cabeza y dirigiéndole una penetrante mirada—. Un alsaciano que, por «*rara avis*» resultó más amigo de Alemania que de Francia. Creo que a su padre lo guillotinaron por asesinato brutal hacia el año veinticinco o cosa así, y eso, por lo visto, lo convirtió en furibundo antifrancés. Es una tontería, desde luego, porque los alemanes no hubieran sido más suaves con él si hubiera cometido el crimen en Alemania. Pero aun así, no comparto las ideas de algunos de mis colegas, que dicen que está loco. No, lo que pasa es que es un hombre inteligentísimo y muy peligroso, pero no chiflado. Tenga, lea.

Le alargó los papeles y Templeton los estudió con atención. Eran una copia exacta de la ficha que la Crowcass guardaba en sus archivos sobre Gotfried Schlaps.

—No se fíe de las características físicas del hombre, Templeton —advirtió el otro—. Seguramente se habrá hecho poner una cara nueva por cualquier cirujano estético. Ya sabe que en Francia está muy adelantada esa rama de la Cirugía. Demasiado adelantada para nuestra tranquilidad, diría yo.

Lo que no entiendo, señor —dijo Templeton mirándole—, es por qué tenemos que meternos los del

F. B. I.

en este asunto. Eso es cosa de la Crowcass. Y los franceses estarían muy contentos, creo yo, si le echasen mano a Schlaps. Cualquiera, ellos, los ingleses o nosotros.

El otro guardó silencio un momento.

—Las cosas no son tan sencillas, Templeton. Voy a confiar en usted, porque creo que podrá llevar adelante el asunto. Si Schlaps fuese un criminal de guerra solamente, bien, eso no importaría.

Pero... —hizo una pausa—, pero no lo es. Un hombre cualquiera que tuviese sobre sí una acusación tan grave como la suya, se estaría quietecito, procurando pasar lo más inadvertidamente posible. Él, no. Tenemos pruebas de que, llevado de su odio a todo lo que sea aliado, se ha puesto al servicio de los soviéticos. Y no nos interesa, como es natural.

—¿Qué ha hecho, señor?

—Sabotaje. Un sabotaje descarado. El armamento con destino al Ejército francés, el armamento que nosotros, los americanos, pagamos de nuestro bolsillo, está siendo sabotado. Unos cuantos estúpidos franceses e italianos se niegan a descargar barcos, provocan incidentes y todo lo demás. Pero hay un grupo que actúa sistemáticamente y no por medio de huelgas. Ese grupo está dirigido por Schlaps.

—¿Pruebas, señor?

—Ya lo creo. El Segundo Bureau, ayudado por la Gendarmería, pescó a uno y le hizo «cantar». Era un eslabón nada más, pero mencionó a Schlaps. Es decir, él ignoraba cómo se llamaba, pero las señas... eran demasiado parecidas para que se trate de una coincidencia.

Ivor Templeton quedó pensativo un momento.

—¿No dijo usted, señor, que podría haberse cambiado la cara?

—Sí, lo dije. Es casi seguro, porque sus rasgos son perfectamente conocidos por la Crowcass. Pero, amigo mío, hay algo que la cirugía estética no puede cambiar: la absoluta falta de pelo en la cabeza de un hombre. Schlaps es completamente calvo. Ya sabe usted lo que quiero decir. Tiene un cerco de pelo en la nuca y sobre las orejas, pero el resto de la cabeza, limpio completamente.

—Hay pelucas, señor.

—Desde luego, y él llevará una. El hombre al que cogieron los franceses dijo que había visto a uno de los jefes del grupo de saboteadores. Tenía los ojos azules, una estatura aproximada de unos seis pies y parecía muy fornido. Lo vio nada más que un momento, pero al enseñarle una fotografía de Schlaps, dijo que no era el mismo. Indudablemente, se ha cambiado la cara. Y el hombre le vio la cabeza. Era calvo.

—Pero entonces, señor, ese hombre podrá identificar a Schlaps tal y como es actualmente.

Los fríos y acerados ojos de su interlocutor lo examinaron detenidamente.

—No, Templeton —dijo al cabo—. No puede identificar a nadie. Alguien le envió un paquete con comida y, por equivocación, puso dentro de los alimentos una cantidad de arsénico capaz para matar a veinte hombres. Excuso decirle qué pasó después. Schlaps anduvo muy listo en esa ocasión. Nos ganó a nosotros y a los franceses por la mano.

Templeton silbó por lo bajo:

—Vaya un jaleo. Bien, señor, buscaré.

—Por cierto, Templeton, que, aunque no de una manera oficial, trabajará usted con un inglés. Albién tiene, por lo visto, sus cuentas pendientes con Schlaps y quiere cancelarlas. El modo de identificarse entre ustedes será...

Durante un momento habló en voz más baja que como lo había hecho antes. Cuando terminó, Templeton asintió con la cabeza.

—Entendido, señor. Estaré en contacto con usted, ¿no es así?

—Sí, pero no venga mucho por aquí. Llame a ese teléfono —y le apuntó un número en un papel—. Y otra cosa: tenemos sospechas vehementes de que el cuartel general de Schlaps no está en París, ni siquiera en Francia, sino en Suiza o en Baviera, ¿comprende? Más bien me inclino por la primera, porque él dirige las operaciones en Francia e Italia. Para ello, Suiza sería ideal.

—Bien, señor.

Se estrecharon las manos e Ivor Templeton se dirigió hacia la salida. Cuando ya tenía en la mano el pomo de la puerta, se volvió de nuevo:

—¿Carta blanca, señor?

—Carta blanca, Templeton. No repare en gastos ni... Bueno; ya me entiende. El Servicio de Inteligencia británico tiene una norma. Cuando alguien molesta mucho a los intereses de Inglaterra procura reducirlo, para que no haga daño. Pero si no puede ser por las buenas, actúa por las malas. No veo por qué nosotros no hayamos de poder hacer lo mismo.

—Sí, señor. Descuide, señor.

Y se marchó. Al llegar a la calle encendió un cigarrillo y expelió el humo con satisfacción.

«Buen trabajo», pensó, con cierto agrado.

Templeton era hombre de acción y, desde que salió de Quantico, no había tenido ocasión de moverse más que cuando hubo de detener a unos secuestradores de poca monta. Esto prometía algo mucho mejor. Ivor había sido enviado al Servio de Información apenas empezó la guerra, y el trabajo le había gustado. Al terminar, se presentó al

F. B. I.

Hablaba perfectamente el francés, el alemán y el checoslovaco, ya que su madre era hija de checos. Esto quiere decir que Europa central no era un obstáculo para él.

Caminó por la calle de Roosevelt, hasta alcanzar el río por el puente de los Inválidos. La cúpula del templo dónde están enterrados los restos de Napoleón brillaba al sol del ocaso.

Tomó un «taxi» y le dio una dirección en el barrio latino. Había allí un cafetín que él había frecuentado mucho, cuando aún no había terminado la guerra. Sabía que encontraría allí muchos compatriotas, pero ¿acaso la mejor manera de pasar inadvertido no es dejarse ver? Todos sospecharían de un americano que no frecuentaba los cafés y los «bistros» de Montmartre y Montparnasse.

El café no había cambiado. Esos sitios jamás cambian, porque precisamente en ello consiste su popularidad. Allí estaban los mismos ingleses, alemanes y españoles, bebiendo y charlando. De cuando en cuando, algún escritor popular o algún pintor de mérito hacían allí su aparición y eran inmediatamente rodeados por una turbamulta ansiosa de escuchar la última anécdota. Chicas con boinas existencialistas de pies sucios y surrealistas de ojos brillantes y fuertes voces, que aseguraban haber hallado su camino, se mezclaban, se repelían y se atraían, todo ello sin dejar de abrevarse en el café de «Papá Pantin».

Templeton abrió paso hasta encontrarse en una de las mesas del fondo y se dejó caer en ella. La muchacha que estaba a su lado, lo miró, y le sonrió.

—¿«American»? —preguntó, con un fuerte acento de allende el Atlántico.

Ivor asintió con la cabeza.

—Me alegro de conocerlo. Yo me llamo Lydia y estoy esperando a una amiga. Me da la impresión de que aquí están todos locos.

—Ya se acostumbrará usted a París —dijo Templeton, con

simpatía—. Yo vengo todos los años en viaje de negocios y cada vez lo encuentro más de mi gusto. Aquí, cada uno vive como le parece bien, sin meterse en lo que hacen los demás. París es para introducirse dentro de él, no verlo superficialmente. Se trata de la vida que bulle en su interior lo que ha hecho de él lo que es ahora. Nadie que haya mirado en su fondo lo olvidará.

Hablaba como lo haría un viajante de comercio que hubiera aprendido aquellas frases en algún libro. Y eso es lo que era en este momento: un viajante de comercio. El poder de concentración en una profesión o un oficio que enseñan los profesores de Quántico es verdaderamente asombroso. Agente del

F. B. I.

ha habido que ha llegado a tomarse perfectamente en serio su papel de fresador en una fábrica para descubrir a un saboteador. Y le resultaba fácil convencerse de que no lo era cuando todo acababa.

La muchacha —parecía una americana media más bien no demasiado inteligente— lo miró con admiración. En aquel momento, otra chica, inconfundiblemente yanqui también, se aproximó hacia la mesa. Un español moreno y de alta estatura se levantó de su silla y le dijo una galantería en francés que la hizo sonreír. Entonces, Templeton la miró a la cara. Y ésta le era conocida.

Las dos jóvenes se saludaron y Lydia dijo:

—Estaba hablando con este señor de París. Él lo conoce bien.

Los ojos de ambos se encontraron y la muchacha frunció las cejas en un esfuerzo por recordar dónde había visto aquellos ojos oscuros, la frente alta y despejada y los pómulos ligeramente salientes. Templeton la reconoció justamente entonces, pero no le convenía darlo a entender. Confiaba en que la joven no lo recordase al cabo de cinco años. Después de todo, no habían pasado más que unas horas juntos y no a la luz del sol, sino a la artificial de unas bombillas de pilas.

Pero no contaba con la memoria de Vivían Hall.

—Lo conozco a usted —dijo claramente—. ¿Dónde nos vimos? Me suena a circunstancias desagradables.

—¿De veras? —preguntó él, cordialmente—. ¿Dónde vive usted en los Estados Unidos?

—En Pasadena California.

—Entonces, seguramente habrá sido allí...

—No, estoy segura de que no —de pronto brillaron sus ojos—. Fué en... Normandía, en los primeros días de julio. ¿Recuerda?

Ivor Templeton maldijo en su fuero interno. La joven había recordado aquello. Y ¿recordaría igualmente que él pertenecía al Servicio de Información del Ejército?

Lydia, la amiga de Vivían, rompió a palmotear.

—Es espléndido —dijo—. Me alegro de que hayan resultado viejos amigos.

—Conocidos nada más, Lydia. El señor pasó unas horas conmigo y con otro individuo. Por cierto que... ahora recuerdo. Al inglés lo he visto varias veces. ¿Recuerdas al británico rubio, Lydia?

—Claro que sí.

—Los tres nos vimos metidos en un conflicto con Fritz y el señor...

—Templeton —dijo Ivor, resignadamente.

—Templeton tuvo que pelear con el otro, porque no quería moverse de allí, a pesar de tener rota una pierna.

—Ahora lo recuerdo —dijo Ivor, viendo que no conseguiría nada con negar—. Sí, momentos difíciles. Pero espero que a todos se nos hayan olvidado.

—Hablando del ruín de Roma... —dijo Lydia.

Un hombre rubio, alto y corpulento avanzaba entre las mesas, empujando a los parroquianos con escasa cortesía. Su cabeza tenía un inconfundible corte celta y uno esperaba oírle prorrumpir en denuestos gaélicos a cada momento. Cuando llegó hasta donde estaban los tres jóvenes se quedó mirando descaradamente a Vivian.

—¡Hola! —dijo—. Sabía que la encontraría aquí.

—No lo dudo —fue la respuesta—. Lleva dos días siguiéndome como un perrito.

El escocés frunció el ceño y se volvió a mirar a Templeton. El reconocimiento fue instantáneo. Aquel hombre debía tener una mente muy bien organizada.

—¡Hola, yanqui! Tenemos una cuenta pendiente, no lo olvide. Ya creí que no lo vería jamás.

Ivor sintió que la sangre empezaba a alterársele. Aquel hombre tenía la facultad de hacerle perder la serenidad, con aquél su desprecio británico.

—Pues ya nos hemos visto. ¿Qué hizo de sus faldas y de su gaita?

Sabido es que a los escoceses les molesta toda alusión un poco despectiva con respecto a su tartán nacional y a la afición que tienen a ese instrumento de viento, que tan pesado resulta para el resto de los anglosajones. Angus McTavis frunció aún más el ceño.

—Jamás llevé faldas ni toqué la gaita —dijo—. Pero si pantalones. Amigo piel roja, tendré mucho gusto en darle una paliza. Ya curó mi pierna.

—¿Otra vez empiezan? —preguntó Vivian—. ¿Por qué no toman una copa y se olvidan de todas esas tonterías?

—Eso es —opinó la tonta de Lydia—. Yo creo que es lo mejor que pueden hacer.

—Vivo en el Grand Hotel Americain —dijo Templeton— y tendré mayor gusto aún en verlo por allí. Cuando usted quiera, no hay prisa. Por lo menos, no la habrá cuando haya terminado con usted.

Angus se echó a reír de una manera deliberadamente insultante.

—Está hablando con un escocés, yanqui, no lo olvide. Y en el clan de los McTavis, jamás nadie resultó vencido. ¡«Garcon, quatre cognacs»!

Templeton tascó el freno. La apostura física de McTavis era espléndida, pero él tampoco era un alfeñique. Las prácticas en Quántico habían endurecido su cuerpo y era un buen aficionado. No ignoraba que los ingleses aprenden boxeo desde que son pequeños y que son lo suficientemente tozudos para no ser vencidos, sólo porque ignoran lo que es derrota. El valor de los Highlanders había quedado bien demostrado en dos guerras mundiales. «Debería cuidarse», pensó, contemplando los anchos hombros del celta. Éste llevaba una chaqueta de *«tweed»* y unos pantalones de franela que no hubieran estado mal en una casa de campo inglesa, pero que desentonaban en casa de «Papá Pantin».

Hubo un breve silencio. Ivor, fastidiado, no habló, y las dos muchachas hicieron lo mismo. El escocés lo rompió:

—Bueno; aquí no hacemos nada. Vámonos a beber algo por ahí. Es decir, si el yanqui no se echa atrás.

—Yo no quiero nada —dijo Vivian, mirando a su compatriota. Lo que voy a hacer es marcharme.

—¿Qué hace en París? —preguntó Templeton, sin mirar al otro hombre.

—Sigo un curso en la Sorbona. El curso del profesor Cachin sobre la patología médica.

—Me olvidaba —dijo Templeton—. Le oí decir a usted que era estudiante de Medicina aquella noche.

—Es por eso por lo que yo no la pierdo de vista —dijo el escocés, apurando el tercer coñac—. Si tengo ahora la pierna tan bien es gracias a ella. Puede decirse que me la salvó.

—No diga tonterías. Nos veremos, ¿no es así, Templeton?

—Desde luego. Pienso quedarme varios días en París.

—Voy con ustedes —dijo el escocés—. Se puso en pie y se inclinó hacia Templeton: —No se olvide de que tengo una cita con usted, yanqui— le avisó. —Iré a verlo esta misma tarde al hotel.

—Vaya y márchese al diablo —dijo el americano, cargado ya—. Déjeme en paz.



EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA

su niño puede adquirir:

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

III



PENAS se encontró de nuevo en su habitación para vestirse para la cena, lo llamaron al teléfono, que estaba instalado en el piso bajo, en la sala común. Nadie conocía aquel teléfono suyo sino el hombre del bigote gris, Charles Stanton, de manera que no podía ser otro que él. Efectivamente, oyó su voz.

—Templeton, tiene que ponerse en contacto con el hombre del Intelligence Service. Vaya al Trocadero, delante del palacio Chaillot, y pasee por delante del rinoceronte. Un hombre se le acercará y le pedirá lumbre para el cigarrillo. Dígame que no tiene y él se guardará de nuevo el cigarrillo en la petaca. Recuerde, si no se lo guarda, no hable.

—Está bien, señor. ¿Instrucciones?

—No suelte prenda. Necesitamos ser nosotros quienes cojamos a

Schlaps. Acabo de recibir noticias de que un agente nuestro en Alemania Occidental, en Munich, ha sido asesinado. Era el hombre que más cerca ha estado de conocer la nueva fisonomía de Schlaps. Usted, en realidad, venía aquí para trabajar con él.

—¿Quién era, señor?

—El inspector Barton, Max Barton.

Lo conocía. Había sido su profesor de «camuflaje» y de espionaje. Y ahora había muerto.

—Lo siento —dijo.

—También yo. No quedaré a gusto hasta no haberle demostrado que con el

F. B. I.

no se juega. Los franceses reafirmarán su precaria situación si lo cogiesen y los ingleses están en el mismo caso que nosotros. Hemos de pescarlo «nosotros». El hombre del Intelligence sabe algunas cosas. Procure sonsacarle, pero no suelte prenda usted. Hable mucho, ya sabe, pero sin decir nada en concreto. Sea el americano loco y seguro de sí mismo. Quizá eso logre engañar a ése. Por cierto, es un «hikbre» de una inteligencia muy despejada y tiene el título de *sir* por méritos. Se hace llamar Dumbar, Allan Dumbar, pero ése no es su verdadero nombre. Ignoro cuál sea.

—Está bien, señor. ¿A qué hora?

—A las once en punto.

El palacio Cahillot estaba bastante iluminado, porque se celebraba en él una reunión de adjuntos de las potencias occidentales para tratar cualquier caso, que seguramente no sería resuelto por la cerrazón de los delegados orientales. Varios periodistas deambulaban de un lado para otro y se calentaban entrando en las dependencias. Templeton caminó, hasta hallarse junto a la gigantesca estatua del rinoceronte, y miró al vasto semicírculo del palacio.

No se dio cuenta de cuándo el hombre estuvo cerca de él. Llevaba una trinchera oscura y un sombrero calado sobre los ojos.

—¿Tiene fuego? —preguntó.

Ivor se volvió como si le hubiese picado una serpiente, porque acababa de reconocer el suave y cantarino acento escocés. Por un momento, la sorpresa no le dejó hablar, pero al instante se sobrepuso su sentido del deber. Tenía que contestar.

—No tengo —repuso.

El escocés, mirándolo socarronamente, se guardó de nuevo el pitillo. Luego, pausadamente, sacó un paquete de ellos del bolsillo de la gabardina y encendió uno con un mechero.

—Vamos a dónde podamos hablar —dijo.

Aún sorprendido, Ivor lo siguió. Cruzaron los jardines del Trocadero y penetraron en el Quai de Pasy. Allí casi enfrente de L'alleé

des Cygnes, había un «bistro» lo suficientemente mugriento. Entraron en él y se sentaron a una de las mesas. El patrón, gordo, enfundado en un sucio delantal que hubiera debido ser blanco, fue a atenderlos.

—Espero que le guste el vino francés. Yo, personalmente, prefiero el español, pero beberemos unas botellas mientras charlamos un rato.

El patrón puso dos botellas ante ellos y el escocés sirvió un par de vasos y alargó uno a Templeton.

—Tenga, beba. Y empiece a hablar cuando guste.

—Me habían dicho que era un *sir* quién se entrevistaría conmigo —dijo Ivor mordazmente.

—Lo es. Soy *Sir* Angus McTavis,

D. S. O.,

V. C. Lo único que siento es no poder emplear con usted el seudónimo de Dumbar. De veras. Me hubiera gustado hacerlo. Lástima que nos conociésemos aquella noche.

—Le hubiera dejado a usted con mucho gusto en medio del campo, amigo, nada más que por no aguantarlo. Supongo que ahora tendremos que guardar una especie de tregua.

El escocés asintió sin sonreír. Su cara, tostada por el sol, pero cuya blancura se adivinaba, parecía una máscara.

—Haremos lo que podamos. Bien, ¿qué le parece si cambiamos nuestras respectivas informaciones?

—De acuerdo. Los dos andamos buscando a Schlaps, ¿no es así?

—Sí —el escocés parecía aguardar tranquilamente a que el otro vaciase el saco de su información, pero Templeton no se dejó engañar.

—¿Dónde está Schlaps? —preguntó de pronto.

Esta vez McTavis sí que sonrió.

—Si yo lo supiese, descuide, usted no estaría aquí en este momento. Cogeré a Schlaps yo.

—Lo coja quien lo coja —dijo Templeton diplomáticamente—, a todos nos interesa que sea cuanto antes.

—Tengo cuentas pendientes con él.

—Hay por encima intereses más grandes que los nuestros particulares —dijo Ivor, exasperado—. ¿Vamos a trabajar juntos, sí o no?

—Hombre, parece que sí.

—Schlaps, según lo que yo sé puede que no esté en Francia.

Brillaron levemente los ojos de McTavis.

—Pudiera ser. ¿Dónde?

—Quizá en Suiza, o en Alemania. Él puede pasar perfectamente por suizo. Quizá hasta tenga los papeles de ciudadano helvético. O francés o alemán. Y, por favor, McTavis, dejémonos de tonterías. ¿Qué sabe usted, en concreto?

Templeton examinó al otro atentamente. No quería descuidar su guardia.

—Pues, poco más o menos, lo que usted.

—No es eso lo que opinan... bueno, los que pueden opinar. Green que usted tiene triunfos en la manga.

—Pues creen mal. Por de pronto investigaré un poco por aquí, en París. Sí quiere usted acompañarme... bueno, daremos la impresión de que trabajamos juntos.

Mentía. De eso estaba seguro Templeton. Comprendió que tendría que vigilarlo estrechamente, aun cuando tuviera que pasarse el día entero pegado a sus talones. Sabía que se le escaparía de entre las manos en cuanto se descuidase.

—¿Qué hay de los franceses? —preguntó.

—No lo sé. Supongo que ya estará el segundo Bureau investigando por su cuenta. No me preocupo demasiado de ellos. Tiene buena gente, pero no están tan perfectamente organizados como nosotros... o como ustedes, si así lo quiere. No sé exactamente cómo trabaja el

F. B. I.

—había una sonrisilla despectiva en sus estrechos labios.

—Pues trabaja muy bien, McTavis, no lo olvide. ¿Qué va a hacer mañana?

—¿Mañana? Llámeme a mi hotel si quiere. Ya veremos.

Hubo un silencio.

—¿Sabe que así no iremos a ninguna parte, McTavis? — preguntó el americano, suavemente.

—¿No? No me diga. Yo creo que le estoy ayudando todo lo que puedo. Y, tendrá que dispensarme. Esta noche tengo una cita.

—¿Con *miss* Hall?

—Claro. ¿Con quién, si no?

Templeton se levantó.

—Como guste. Ya le llamaré mañana.

Sin estrecharle la mano, mano que el otro tampoco tendió, salió del «bistro» después de depositar cien francos sobre la mesa. Al salir al muelle de Passy, empezaba a garuar finamente. Se subió el cuello de la gabardina y se dirigió hacia uno de los barracones en los que se guardaban barcas y aparejos... Un autobús, pasó rápidamente a su lado.

No tardó mucho en salir el escocés. Miró a ambos lados y se dirigió a buen paso hacia la calle de Passy. Templeton, sonriendo para sí mismo, lo siguió, procurando mantenerse fuera de la luz de los reverberos de gas.

No tuvo que caminar mucho tiempo. McTavis se paró ante una casa de seis pisos, en uno de cuyos balcones se veía un rótulo que anunciaba el hotel de Lyon. Vio cómo penetraba en el portal y preguntaba algo al del «comptoir». Luego, el escocés encendió un cigarrillo y esperó, paseándose de un lado para otro.

Diez minutos después, una figura femenina se le unió y ambos salieron a la calle. A pesar de la distancia, Ivor reconoció a su compatriota, la doctora Vivian Hall, y sonrió. El escocés no perdía el tiempo, evidentemente.

Un «taxi» estaba parado casi delante del hotel y vio cómo los otros dos se introducían en él. Sápidamente, miró a su alrededor y descubrió otro coche que se acercaba, con el verde fanal encendido. Meterse en él y decirle al mecánico que siguiese al otro automóvil, fue todo uno.

—¿Dónde van? —preguntó el chófer.

—Sígalos usted. Donde vayan.

Por la avenida de Kléber llegaron a la plaza de la Estrella y por la de Wagram hasta la unión con Malesherbes. Allí el «taxi»

perseguido se detuvo frente a un «cabaret» y la pareja bajó. Templeton hizo lo mismo. Era evidente que los otros iban a divertirse, no a trabajar, pero no estaba dispuesto a perderlos de vista.

El «cabaret» se llamaba Le Coin y estaba brillantemente iluminado. Un portero lleno de entorchados miró su traje y luego le observó la cara. Los americanos son siempre bienvenidos a cualquier sitio de diversión en París, porque sus dólares, gastados con generosidad, son una magnífica aportación a la economía del país y de los habitantes de éste. Así, aun cuando la mayoría de los franceses que había en el espacioso local iban vestidos de etiqueta, se veían entre ellos muchos trajes y corbatas netamente americanos.

Templeton se sentó a una mesa y puso delante de él el menú. Desde donde estaba, podía ver perfectamente a la pareja sentada unas cuantas mesas más allá y entretenidas con el «*maître*» en la elaboración de la cena. El pidió un martini seco, y esperó.

A las doce de la noche, el escocés sacó a bailar a la joven y estuvieron danzando durante dos piezas seguidas. Fue en ese momento cuando un hombre vestido de etiqueta se detuvo ante la mesa de McTavis y pareció preguntarse a sí mismo si estaba o no ocupada, a pesar de los restos de la cena. Estaba un poco borracho, porque se inclinó demasiado sobre la mesa, como si tuviera que guardar el equilibrio. McTavis y su compañera se acercaban por el otro lado y el «*maître*» venía decidido a proteger a su cliente.

—La mesa está ocupada, señor —dijo el «*maître*» correctamente, pero con energía.

—¿De... veras? —preguntó el borracho—. Yo... no lo sabía.

Y dando unas cuantas bordadas, se apartó de allí cuando el escocés y su compañera se sentaron. Pero no había sido lo suficientemente vivo, porque ya Templeton había visto cómo la mano del borracho colocaba algo debajo del plato de McTavis. Lo que fuera había de ser muy aplastado. Quizá una hoja de papel.

Entonces se decidió a actuar. Era casi seguro que el inglés no intentaría sacar el papel enseguida. Tendría que esperar a que le trajesen la cuenta o a que alguna circunstancia favorable le dejase hacerlo sin llamar la atención.

Se levantó de su mesa y se dirigió hacia la de ellos. Vivían Hall fue la primera que lo vio llegar y alzó las cejas interrogativamente.

Mejor dicho, entre asombrada y no del todo disgustada.

McTavis se volvió y no pudo reprimir un gesto de desagrado.

—¿Ha venido siguiéndome, yanqui? —preguntó.

—De ninguna manera, hombre. Pasaba por aquí y entré a echar un trago. ¿Es que no puedo hacerlo?

El escocés calló, pero sus ojos no dejaban lugar a dudas. Por fin dijo:

—Bueno, pues si ya ha echado el trago, puede marcharse otra vez.

Templeton lanzó una carcajada alegre y se volvió hacia la joven.

—Sea buena con un compatriota y baile conmigo.

McTavis se levantó y cuadró los hombros.

—Nada de eso. La chica ha venido, conmigo y no voy a consentir que nadie venga a estropearme la noche. Lárguese, yanqui.

Era lo que Templeton andaba buscando. Cerró el puño, como poseído por la ira, y barrió todos los platos de la mesa de un solo golpe. Fue algo así como si hubieran pasado una escoba sobre el mantel. Encima de la mesa quedó solamente un papel doblado en varias veces.

Con la sorpresa que le produjo el gesto de Templeton, McTavis no se fijó siquiera en ello, pero sí el americano. Al ruido de los platos destrozados, dos mozos y el «*maître*» acudieron corriendo. Templeton posó su mano sobre el papel, y cuando la volvió a levantar el pequeño rectángulo ya no estaba allí.

—¡No consentiré que un maldito inglés me diga lo que puedo y no puedo hacer! —dijo Ivor casi chillando—. ¡Salga conmigo a la calle y le daré lo que se merece!

El escocés le tiró un directo que, de haberle alcanzado, le hubiera dislocado la mandíbula. Ivor se movió ligeramente a un lado y clavó su puño derecho en el costado de McTavis, que gruñó sordamente, aprovechando su postura forzada. Sin dejarle respiro, le golpeó de nuevo, esta vez en la parte lateral izquierda de la cabeza, antes de que tres fornidos camareros y el «*maître*» los separasen.

Los golpes habían sido dados con fuerza y precisión, de manera que no podían por menos de ser acusados incluso por un hombre tan fuerte como McTavis. La ventaja era, pues, del americano.

La muchacha había abierto mucho la boca y la volvió a cerrar con fuerza al ver a los dos hombres golpeándose, pero ya en este momento los camareros sujetaban fuertemente a ambos contendientes.

—Le romperé la cabeza, yanqui —avisó el escocés. De su boca se escapaba un delgado hilillo de sangre que le corría mandíbula abajo.

—Por favor, «*messieurs*» —estaba diciendo el «*maître*» todo desconsolado—. ¡Qué escándalo! Dos caballeros como ustedes pegarse como apaches... ¡Por favor!

—Ya hemos acabado —dijo el americano—. Eso le servirá de lección, amigo.

Y dio media vuelta, dispuesto a marcharse. En ese momento, el escocés miró a la mesa y luego, con la rapidez del relámpago, sus pupilas se clavaron en el suelo, buscando algo entre los trozos de vidrio esparcidos por él. Había echado de menos el papel. «Luego —pensó el americano—. McTavis “sabía” que alguien le iba a poner aquello en la mesa». Pero ahora el papel reposaba tranquilamente en su bolsillo.

Transpuso la puerta cuando sintió un ligero golpecito en el brazo. La muchacha estaba junto a él.

—Permítame que vaya con usted, Templeton —dijo con los ojos muy abiertos—. Me han arruinado la noche entre los dos.

Salieron a la calle, pero apenas habían puesto los pies en la calzada, cuando la gigantesca figura del escocés apareció a su lado.

—¿Otra vez van a empezar? —preguntó la muchacha, indignada—. ¡Son ustedes unos asnos a los que deberían encerrar en una cuadra! Son ustedes...

El escocés se había puesto al lado de Templeton, que se preparó para el segundo «match».

—No pienso empezar de nuevo..., todavía —dijo con voz serena. Pero a la luz del farol, sus azules ojos brillaban de una manera extraña.

—Lárguese —le dijo Templeton.

—Pruebe a intentar echarme.

—Me voy —anunció la muchacha muy decidida—. Prefiero estar en compañía de todos los orangutanes del zoo antes que con ustedes.

Y dio media vuelta, alejándose de ellos. Templeton la miró y luego se volvió al otro.

—Espero que no vendrá también conmigo.

—Deme ese papel —en la voz del escocés no se notaba cambio alguno.

—Ahora soy yo quien le dice que pruebe a quitármelo. Escuche, McTavis: ¿trabajamos juntos o no?

Angus, sin avisar, le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula y lo tiró para atrás, con la cabeza casi pegada a la espalda, en una extraña postura. El golpe había sido rudo, pero a pesar de todo, no perdió el conocimiento. Cayó en la acera en el mismo momento en que el otro se le iba encima.

Se apartó, ligeramente atontado, y levantó una pierna hasta colocarla en el epigastrio del británico, y flexionó con ella como un muelle. El otro, cogido en una postura falsa, dio varios traspiés y cayó de rodillas. Eso dio tiempo a Templeton a levantarse de nuevo.

—¡Te voy a matar! —anunció Angus, levantando los brazos y tratando de ponerse en pie. Templeton ya lo había conseguido por su parte, pero se rebeló contra la idea de dar un puntapié en aquella cara, que tan tentadoramente se le ofrecía. En vez de ello, se apartó aún más y dejó que el otro se pusiese en pie. Fue en ese momento cuando los chillidos de una mujer les indicaron que su pelea había sido vista. Un instante después, la recia figura de un gendarme apareció junto a ellos.

—¡Quietos, «au mon de la loi»! —bramó, balanceando su porra. Ambos contendientes lo miraron, y luego sus miradas se cruzaron. En las dos se leía lo mismo. No podían permitirse el lujo de ir a una comisaría si no querían perder tiempo.

—No ha sido nada, agente —dijo Templeton en francés—. Ya ha pasado todo y...

—Embriaguez y escándalo en la vía pública dictaminó el gendarme con ligereza. —Hagan el favor de acompañarme, «messieurs».

De nuevo se miraron. Un par de hombres se habían parado junto a ellos y miraban la escena curiosamente. El gendarme se volvió hacia los espectadores.

—Sigan su camino, «hein». No ha pasado nada.

En ese momento, Angus McTavis le golpeó por detrás sin

demasiada fuerza. El gendarme, asombrado, dio dos pasos hacia delante y trató de volverse. Un puñetazo asestado por el escocés le hizo caer, pero no llegó a tocar el suelo, porque se encontró cogido por Templeton.

Éste lo tomó por los brazos y lo dejó caer blandamente, sin conocimiento. Mientras los mirones protestaban a gritos y parecían dispuestos a lanzarse sobre ellos, echaron a correr calle abajo. Templeton había sido el primero que emprendió la carrera, pero a poco sintió los largos pasos de McTavis tras él. El escocés no parecía decidido a dejarlo solo.

Se oyó un silbato que lanzaba pitidos cortos y muy seguidos, y a lo lejos respondió otro como si fuera el eco. Una voz en francés anunció que se iban a perder de vista, y entonces llegaron junto a un taxi parado en la esquina. Templeton se subió a él rápidamente y el inglés lo siguió.

—¡Parta! —ordenó el americano al chófer, que los miraba asombrado. Él también había oído los toques de silbato y no pareció que la orden le agradase—. ¡Parta! —repitió Templeton, y sacó la pistola. Eso pareció decidir al mecánico, que puso en marcha el motor.

El coche enfiló rápidamente el *boulevard* Berthier, en dirección a Montmartre, y el chófer se volvió hacia ellos, intranquilo.

—¿Dónde? —preguntó—. Esto es un atraco y...

—¡Cállese! —le ordenó el escocés—. Siga hasta Bessieres. No es ningún atraco, pero le conviene darse prisa.

—Y ya tenemos a la gendarmería detrás de nosotros —murmuró Templeton tensamente—. Es usted un imbécil, McTavis. Jamás creí que el Intelligence pudiera enviar hombres así a una empresa un poco complicada.

—¡Cállese, bastardo! —Le lanzó el otro—. Templeton ya iba conociendo a su interlocutor. Era un hombre de una gran vitalidad, como muchos de sus compatriotas, un verdadero perro de presa, y además, muy poseído de su propia superioridad. Pero hasta ahora no había encontrado a ningún aristócrata inglés tan grosero como éste.

—Cómase esas palabras, porque le van a costar caras —le dijo, sintiendo cómo hervía de ira—. Y, por de pronto, yo tengo el papel. Tengo gran interés en saber lo que nuestro embriagado amigo

quería comunicarle de una forma tan particular.

—Ese papel me lo dará usted a mí —dijo McTavis serenamente —, o se lo quitaré a la fuerza.

—Pruébelo.

El coche llegó al *boulevard* de Bessieres y el chófer paró, siempre bajo la amenaza de la pistola de Templeton, que a éste le servía, al mismo tiempo, para tener a raya al corpulento escocés. Entonces, el americano se apeó.

—Adiós, mi amigo —dijo en español.

—Ya le cogeré, Templeton —le aseguró el otro descendiendo y tirando un billete de quinientos francos sobre el baqué para que los recogiese el chófer.

Templeton se metió en una calleja y se aseguró antes de que el otro no lo perseguía. Entonces se apresuró a ganar la avenida de St. Oren para dirigirse hacia el cementerio de Montmartre. Una vez en Ganneron, se mezcló a la masa de gente que salía de los lugares de diversión. Ahora estaba seguro de que el otro no podría encontrarlo fácilmente.

Se metió en un bar, pidió un cognac doble y desdobló el papel. Era un mensaje bastante corto, escrito en un cuidado francés.

«Vaya a la calle Cortot, al “bistro” de Carmaux. “El Africano”, el “tuerto”».

Eso era todo. Se lo quedó mirando, intrigado. ¿Para qué diablos, si no era por causa de su trabajo, tenía que ir McTavis a un «bistro»? Se volvió al mozo y le preguntó si conocía la calle de Cortot.

—Cerca de la basílica, «*monsieur*». Una calle pequeñita, entre Mont y Saules. No es posible perderse.

Se bebió el cognac de golpe y pagó. Tenía suerte. La basílica del Sagrado Corazón dista apenas un kilómetro del cementerio de Montmartre. Claro que es un kilómetro de callejuelas retorcidas y pobladas de apaches; pero eso no le importaba por el momento. Y decidió, además, no tomar un coche, sino ir a pie.

Tardó media hora casi en llegar, porque se perdió dos veces y otras tantas hubo de preguntar a un par de peatones. Por fin encontró lo que buscaba. Un «bistro» tan sucio como cientos de sus compañeros, con un letrero que avisaba a los no iniciados que se

encontraban en la posesión de Antoine Carmaux.

Por dentro estaba tan sucio, o más. Diez o doce tipos con aspecto de obreros portuarios y un par de dudosos personajes de sombrero, con camisas muy oscuras y corbatas muy pálidas, eran los concurrentes. Detrás del mostrador había un individuo de largos mostachos galos y con aspecto de suboficial de un regimiento de Tiradores de Marruecos. Pero no era moro, sino francés. Lo decían sus ojillos azules y su pelo, bastante claro.

Templeton dudó un momento antes de decidirse. Sabía que corría un riesgo bastante grande, pero no tenía más remedio que exponerse, incluso a lo peor, si es que quería enterarse de algo. No obstante ser un hombre decidido, al que los peligros no espantaban, sintió cierto cosquilleo en la espina dorsal cuando se dirigió al patrón.

—Busco al «Africano» —dijo sin preámbulo. Supuso que eso sería lo mejor.

El otro no contestó; estaba fregando un sucio vaso y pareció no haber oído ni visto nada. Pero los dos apaches levantaron la cabeza. En aquel momento, uno de los obreros portuarios se levantó y salió del local.

—¿Me ha oído? —preguntó amablemente Templeton.

Silencio. Con el rabillo del ojo vio que los apaches se estaban acercando lentamente, pero sin parecer hostiles.

Súbitamente, el brazo de Ivor avanzó como una catapulta sobre el mostrador y asió al patrón por el cuello de la sucia camisa. Al mismo tiempo, su mano izquierda apareció armada de la pistola que no había soltado en el bolsillo. En rapidísimo francés dijo:

—Escuche, cochón. Quiero ver al «Africano», porque me ha citado aquí. ¿Me ha oído? ¿Quiere que le saque las tripas?

—Deje al patrón, amigo —le dijo dulcemente uno de los apaches —. ¿Por qué se pone así?

Adoptando la expresión más canalla que podía, Templeton se volvió hacia ellos.

—Al primero que me diga lo que tengo que hacer lo mato y me lo como —dijo, tratando de parecerse lo más posible a un «gángster» de película americana, ya que sabía que un apache parisién es lo más parecido a un lobo cervical que existe.

—No se ponga así, «mon vieux» —dijo el otro, examinándolo

atentamente, pero sin perder su cortesía.

—¿Me dice alguien dónde puedo encontrar al «Africano»? — preguntó Templeton—. ¿Sí o no?

—¿Por qué no? —dijo una voz fuerte desde la puerta—. Mire hacia este lado y lo sabrá.

IV



N una puerta que hasta entonces no había visto, había aparecido un hombre. Era de alta estatura y facciones muy atezadas. Se cubría con un rojo «tarbush», del que colgaba una larga borla azul y blanca. Una mujer hubiera dicho que era un hombre guapo. Un hombre, no. A un hombre le molestarían aquellos ojos rodeados de larguísimas pestañas y la boca excesivamente gorda. Pero, desde luego, no era un moro, sino un árabe puro.

—Me alegro de verlo —dijo Templeton, avanzando hacia él y guardándose la pistola en el bolsillo.

—¿Qué quiere, «*monsieur*»?

—Usted me citó —y sacó el papelito—. El otro le echó una ojeada por encima y luego dijo:

—Sígame, por favor, «*monsieur*».

La puerta daba a un pequeño pasillo que desembocaba en una especie de trastienda. Pero se había limpiado aquello de toneles y botellas y presentaba un aspecto un poco más acogedor. Había una mesita en uno de los rincones. Los dos apaches que había en la taberna los habían seguido y ahora se pusieron pegados a las paredes, con las sempiternas colillas en las comisuras. Templeton se dijo que aquello era lo más parecido a una película que viera en su vida; pero sabía también que con los apaches no se juega.

«El Africano» se sentó detrás de la mesa e hizo señas a Templeton de que lo imitase.

—Veamos, «*monsieur*».

—Es usted el que tiene que hablar —dijo Templeton mirando a hurtadillas a su alrededor.

—¡No! —Aquel «no» sonó como un trallazo, precisamente por el contraste con la anterior suavidad del «Africano»—. No, «*monsieur*». Usted no es el hombre a quién iba dirigida esta nota. Ignoro cómo habrá podido caer en su mano, pero no es usted el que había de recibirla. ¿De dónde la sacó?

Templeton echó mano a la pistola, pero no había contado con la agilidad de aquellos hombres. Al instante, los dos apaches le cayeron encima y una pesada matraca de cuero le golpeó en la nuca, mientras una mano pequeña, pero dura, le sujetaba la muñeca.

«El Africano» se levantó, rodeó la mesa y se acercó a él. En sus labios gruesos había una sonrisa cruel.

—Hable —dijo.

—Si no me sueltan —dijo Templeton, tratando de sacudirse a los dos maleantes— van a saber lo que...

«El Africano» le pegó en la boca hasta hacerle sangre, y Templeton no perdió unos cuantos dientes porque su dentadura era de una maravillosa dureza.

—Vamos, hable —le ordenó.

Ivor consiguió, por medio de un esfuerzo violentísimo que lo dejó casi derrengado, soltarse uno de los brazos. Al instante lo movió como un aspa de molino, barriendo a uno de los apaches. Algo muy duro le pegó en la cabeza, pero no perdió el conocimiento, aunque unas espesas nieblas empezaron a ponerse ante los ojos.

«El Africano» volvió a pegarle una y otra vez, pero Ivor consiguió colocarle una puñada en el rostro que lo apartó. La lucha se generalizó en el cuarto, una lucha feroz, sin cuartel. El apache parisiense lucha silenciosamente casi siempre, procurando no hacer ruido. Por eso su arma preferida es la navaja. Y un navajazo de un apache suele ser cosa seria casi siempre.

Uno de ellos cayó a tierra, noqueado por un puñetazo del americano, pero al instante éste sintió en su nuca el contacto feroz de una matraca de plomo. Se tambaleó, se hicieron más espesas aún las nieblas y comprendió que iba a perder el conocimiento. Aún tuvo fuerzas bastantes para largarle una patada al «Africano», pero no para darse cuenta de los efectos de ella.

Angus McTavis pagó al chófer, pero desistió de la primitiva idea que le había asaltado de seguir al americano. Sabía que éste se le escaparía a la primera ocasión; de manera que no valía la pena. El papel tenía que decir algo importante, no le cabía duda, porque el hombre que lo había dejado en su mesa era uno de sus mejores enlaces. No le hubiera molestado en vano. El caso era encontrar ahora a ese hombre para que le repitiera de palabra lo que había escrito en el papel.

Había un cafetín en el que se jugaba al dominó, ese juego típicamente francés, y en el que quizá estuviera. Pero entonces recordó que el hombre iba vestido de etiqueta. Tendría qué volver a los alrededores de «Le Coin» si quería verlo. Ello, por otra parte, sería un poco arriesgado a causa del gendarme al que pegaron. Pero no quedaba otro recurso.

Con toda la rapidez que pudo se dirigió nuevamente al *cabaret*. A la puerta de éste ya no había nadie, pero pudo ver la inconfundible silueta del gendarme, con su corta capa y su quepis, en la esquina. Cambió su manera de andar, mientras una lenta sonrisa florecía en sus labios, y se metió por la puerta giratoria, ante la muda desaprobación del portero.

Allí estaba. Ocupaba una mesa situada en un rincón y aún parecía bastante ebrio; pero sabía que eso era fingido, porque Martin Waring, agente secreto del Servicio de Inteligencia británico, era uno de los mejores actores del Cuerpo.

El «*maître*» se aproximó a él rápidamente.

—Pero «*monsieur*»... —empezó—... ¿Cómo es posible que pegase usted a un gendarme? La «*police*»... ¡Oh, «*monsieur*»! «*c'est un faux pas*»!

—Me cegué, como dicen ustedes —contestó el escocés, sonriéndole—. Creo que aquí estaré seguro, ¿no?

—Oh, «*monsieur*», no lo sé. Quizá el gendarme quiera...

—Está bien, está bien; me marcharé —dijo, dando media vuelta. Sus ojos se encontraron con los de Waring y éste leyó en ellos una muda apelación.

—Pues... yo... también ¡hip! me marchó... dijo, levantándose a medias. —Porque... yo, ¡hip!, no quiero nada con la polishía, ¡hip! Porque la polishía se mete en todo, eso es. Y yo me voy, ¡hip!

Y muy dignamente dio media vuelta, cayéndose casi al suelo. Un camarero lo sostuvo, mientras McTavis salía rápidamente del local. Un momento después llegaba a la esquina contraria a aquélla en la que esperaba el policía, y el pseudo borracho es le reunía.

—Me quitaron la nota, Waring —dijo concisamente—. Ese bastardo de americano me la quitó y no he podido conseguir arrebatársela.

—Pues le va a costar caro —dijo Waring, riendo silenciosamente—. Porque yo le enviaba a usted al «Africano», y éste le conoce a usted. Me parece que no tenemos sino que ir a recoger a ese individuo. O lo que quede de él, porque si «el Africano» sospecha que es un policía, lo descuartiza y lo lanza al Sena esta misma noche.

—Espero que no haga eso. El individuo, pese a lo antipático que me cae, me salvó la vida una vez.

—¿De veras?

—Sí, durante la guerra. Vamos, Waring, no tenemos tiempo que perder.

Cogieron un «taxi» y se dirigieron rápidamente hacia la calle Cortot, pero dejaron el coche a unas cuantas manzanas de allí, por un exceso de precaución. Cuando entraron en el «bistro», el hombre de los bigotes les saludó con un ademán.

—Dentro, «*monsieur*».

Pasaron el corredor y llegaron a la salita en el momento en que el americano, atado como un cerdo, era dejado caer con pocos

miramientos en uno de los rincones.

—¡Hola, Ben Joseph! —dijo el escocés—. Buena caza, por lo que veo.

«El Africano» se le quedó mirando con cara de pocos amigos.

—Mire, «*monsieur*», la nota que «*monsieur*» Smith —señaló a Waring, que había tenido ciertos motivos para cambiarse su verdadero nombre— tenía que entregarle a usted, ha caído en manos de ese «tipe». Y no tengo ninguna gana de verme con la «Viuda Roja» abrazándome el cuello.

La mención de la guillotina hizo reír a Waring.

—No se preocupe, Ben Joseph. Ese hombre no es un policía. Al menos, un policía que tenga algo contra usted. Va detrás de lo mismo que nosotros buscamos. Ya le han dado ustedes una buena paliza. Bueno, pues déjenlo en cualquier sitio oscuro y que despierte cuando quiera. Y me alegraré que ustedes se vayan durante unos días del «bistro» y de la compañía de Carmaux. Y ahora, dígame lo que tenga para mí.

«El Africano» echó una mirada al cuerpo tendido de Templeton y luego apareció en sus ojos una expresión calculadora.

—Los informes son muy buenos, «*monsieur*» —dijo.

Sin hacerle caso, el escocés sacó una cartera. Había en ella una cantidad de billetes ingleses que hubieran hecho abrir los ojos de admiración a un hombre rico. El Intelligence sabe gastar la caballería de San Jorge cuando es necesario.

—No se preocupe por eso, Ben Joseph —le dijo—. Si los informes valen, se los pagaré. Pero ya sabe que no puede engañarme.

—No, *monsieur*. Escuche.

Volvió a mirar al caído, pero éste estaba con los ojos cerrados y sumido, al parecer, en un buen sueño, producto de los golpes.

—Ayer me encontré con

Poh-Nam,

el annamita. Se había emborrachado con morfina, pero ya se le estaban pasando los efectos y necesitaba más droga. Conque me ofrecí a proporcionársela.

Angus McTavis era escocés y sabía dominar sus emociones, pero la mención del vicioso annamita le provocó una taquicardia. A un morfinómano es posible hacerle hablar... «siempre».

—¿Dónde está? —preguntó.

—En un sitio seguro, *monsieur*. Lo he raptado —añadió, sonriendo cruelmente—. Ya ve a lo que me expongo, *monsieur*, por servirle a usted. Creo que quinientas libras...

Dejó colgando el resto de la frase, pero ya hablaba Angus de nuevo:

—Llévame dónde está ese tipo y tendrás el dinero. Y si habla, pagaré más aún. Tus hombres, ¿son de confianza?

—«Mais ouí, *monsieur*». De completa «confiance». Vamos cuando quiera.

Se volvió hacia sus apaches y les dio sendas órdenes. Ellos parecieron un poco ofendidos, porque no tenía que «massacrar» al prisionero y echarlo al río, pero con el tunecino no se jugaba. Así, pues, cogieron el cuerpo y salieron con él.

Angus, Waring y «el Africano» salieron por la puerta del bistro, siguiéndolos. A unas dos manzanas de allí había un pequeño garaje y de él sacó «el Africano» un «Renault» de motor trasero, en bastante buen estado. Subieron a él los cinco y colocaron al prisionero a sus pies para dejarlo en cualquier parte por la que pasasen. En París hay muchos rincones oscuros donde dejar un cuerpo hasta que por la mañana los limpia calles lo encuentren. O cualquier vecino madrugador.

Como iban bastante estrechos, «el Africano» colocó sus pies cómodamente sobre el cuerpo del agente del

F. B. I.

—Siento no poder librarnos de este tipo —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—No somos asesinos —replicó secamente el escocés—. Lo único que quiero es que no nos moleste mientras trabajamos. ¿Dónde vamos?

—Cerca, *monsieur*; muy cerca. Llegamos enseguida.

Era en las cercanías de la estación del Metro de Mercadet. Se trataba de un edificio de dos pisos cuya parte inferior estaba totalmente ocupada por un garaje. Uno de los apaches del «Africano» se bajó del coche y abrió la puerta con una llave. Un momento después, el «Renault» entraba en las profundidades de la amplia nave.

Se aparearon. Alguien había encendido una luz, y a sus reflejos,

Angus vio que había otro automóvil un poco más allá.

—Éste me parece un buen sitio para dejar al americano —dijo, con una sonrisa un poco torcida—. No me importa que el chico se esté algún tiempo aquí.

—Como quiera, *monsieur*. Aquí estará tan seguro o más que en cualquier otra parte. ¡Vamos, «mes enfants», sacadme el fardo de ahí!

Sus dos hombres sacaron a Ivor y lo dejaron sobre el suelo de cemento. Luego se irguieron y esperaron órdenes.

—Me he metido en muchos líos en el tiempo que llevo trabajando, pero me parece que éste se lleva la palma —dijo Waring en voz baja, dirigiéndose al escocés—. Ya sé que soy un poco anticuado, pero siempre he creído que éramos aliados de los americanos.

—¿Por qué no vamos a seguir siéndolo? —preguntó Angus—. No se preocupe, hombre. No va a haber interpelaciones diplomáticas por esta causa.

«El Africano» se acercó a ellos.

—Cuando quieras podemos ver a

Poh-Nam

—dijo.

Una puertecilla se abría en los fondos del garaje. Por ella pasaron a una habitación que normalmente debía de ser la oficina del negocio. Allí, sobre un camastro deshecho y maloliente, había un hombre de mediana edad, de cara pronunciadamente asiática y de color muy oscuro. Yacía inquieto, pero sus ojos no dejaban de mirar a su alrededor de una manera nerviosa. De vez en cuando los entornaba, hasta parecer dos rendijas, y luego los abría desmesuradamente. Aquel hombre llevaba mucho tiempo dedicándose a las drogas, y Angus sabía que los adictos son muy fáciles de convencer. Basta con privarles de lo que para ellos se ha convertido en el fin primordial de la vida.

El escocés se inclinó sobre él.

—Habla —le dijo.

—Denme... una toma —pidió el otro con voz débil.

—La tendrás luego —respondió Angus, con una mueca de asco en su rostro.

Tenía la mandíbula apretada de tal manera, que a la luz de la

bombilla parecía blanca, del color del yeso.

—No... puedo —insistió el otro. Démenla, o no hablaré...— había una especie de decisión en sus palabras, pero los otros eran perros viejos.

—Si no hablas ahora mismo te pasarás aquí unas cuantas semanas sin probar «eso», hasta que te vuelvas loco —declaró McTavis, casi cruelmente.

Un tic epiléptico acometió al annamita al oír estas palabras. Desde luego, se volvería loco si el escocés cumplía su palabra.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz que intentaba vanamente hacer fuerte.

—¿Dónde podemos ver al hombre que te ha ordenado hacer eso? —preguntó.

—No lo sé...

—Te quedarás sin morfina —le advirtió el escocés duramente—. Necesito que me digas lo que quiero saber, o...

Los ojos del amarillo enloquecieron dentro de sus órbitas.

—No... no... Yo les diré... pero dénmelo. Un poco, *monsieur*; nada más que un poco.

—Luego. Habla ahora. Y te advierto que me estoy cansando.

—Lo encuentro en el muelle de las gabarras. No sé quién es, pero él me da las órdenes y la morfina. Él lo hace así. Y yo tengo que cumplir esas órdenes... Dénmelo, por lo que más quieran.

—¿Cómo se llama?

—No... sé. No es francés, me parece, aunque habla muy bien suizo o alemán. Yo conozco a los alemanes.

Angus echó una rápida ojeada a Waring.

—Me parece que andamos en la buena pista —dijo.

Y volviéndose de nuevo al indochino le preguntó:

—¿Cuándo tenías que verlo de nuevo?

—Mañana por la mañana. ¡Por favor!... —Esto ya fue un alarido.

Se volvería loco si no le daban la droga.

—Escucha. Mañana irás al muelle de las gabarras, pero yo estaré cerca. Recibirás las órdenes; pero si se te escapa una sola palabra acerca de lo que estamos haciendo, te cojo otra vez y, te privo de la droga para el resto de tu vida. No te me escaparás, macaco. Ponle una inyección, Ben Joseph —ordenó.

Luego se volvió a Waring.

—No quiero correr riesgos. Nos quedaremos esta noche aquí y mañana iremos al muelle con este mono amarillo. O mucho me engaño, o mañana mismo podremos terminar lo que traemos entre manos.

—¡Dios le oiga! —dijo piadosamente Waring.

Ni un solo músculo del agente del

F. B. I.

dejó notar que se había enterado de todo, ya que lo habían metido en la oficina a una orden del «Africano». Estaba atado como un fardo, pero sus oídos no habían perdido nada de su eficacia. No dejó de reconocer que el inglés sabía trabajar. Ya le habían dicho en Washington que el Intelligence Service es una organización de las más perfectas en su género, pero no creía que lo fuera tanto. El valor personal y la decisión de un hombre son factores importantísimos en esa lucha sorda que es la baja diplomacia.

Angus le echó una mirada calculadora.

—No sé cuándo se despertará, Ben Joseph; pero procura que no sepa dónde estamos, si no quieres que mañana te caiga encima un comisario francés con unas docenas de agentes. Ponle en un sitio oscuro.

Los dos apaches se apoderaron de nuevo, sin ningún miramiento, del cuerpo del americano, y lo llevaron a un cuartito que, evidentemente, había servido para almacenar piezas de recambio para los coches. Allí lo dejaron caer brutalmente sobre el suelo, y uno de ellos le dio una patada en la espalda.

—Felices sueños, «cochon» —dijo, y se marchó con su compañero.

Las cuerdas eran de un cuarto de pulgada de diámetro, y los nudos estaban bien hechos. No obstante, apenas se vio solo, el agente inclinó la cabeza y enganchó con los dientes el trozo de cordel que le cruzaba el pecho. La postura era de lo más incómoda que darse pueda, pero él estaba decidido a no cejar en su empeño. Sus dientes eran fuertes y cortantes, y además sabía que no podía cejar hasta cortarla. El escocés, se dijo, había jugado un poco sucio. No sabía si por afán de lograr él la victoria o porque le tuviera marcada antipatía. Quizá por las dos cosas, se dijo.

A los cinco minutos tuvo que dejar caer hacia atrás la cabeza,

porque el cuello le dolía de una manera infernal. Pero ya sentía en su boca el regusto amargo de las fibras de cáñamo. Había cortado varias. Descansó otros cinco minutos, le pareció, y volvió a la carga. Se le iban paralizando las piernas y los brazos, produciéndole un dolor que iba en aumento. Sintió cómo corrían las gotas de sudor por su frente y cómo el cabello se le pegaba a la cabeza. A lo lejos, oía el ruido de voces y a alguien que maldecía fluidamente en francés.

La checoslovaca madre de Ivor Templeton había transmitido a su hijo el vigor de una de las razas más fuertes del mundo, y de su padre, americano, había heredado la decisión de no darse por vencido jamás, costase lo que costase. Así, pues, escucho un momento, mientras su cuello descansaba de nuevo, y luego atacó la cuerda otra vez, sintiendo cómo las encías se le llenaban de sangre espesa y caliente al roce del cáñamo. Por fin, mientras suspiraba, sintió que la cuerda se rompía con apagado chasquido.

El trozo que había cortado no tenía cerca ningún nudo, de manera que sintió que su pecho, al moverse, quedaba libre. Ahora ya, por lo menos, podía incorporarse un poco, abandonando aquella postura endiabladamente desagradable. Con el corazón latiéndole violentamente contra las costillas esperó allí, en la oscuridad.

V



A luz de una mañana fría y nebulosa penetró subrepticamente por entre las mal ensambladas maderas del garaje. Angus McTavis se desperezó como un león y tocó a Waring, que dormía a su lado envuelto en una manta.

—Vamos, compañero —le dijo.

Martín se incorporó lentamente y se restregó los ojos.

—¡Maldito oficio! —dijo, sin rencor—. ¡Con lo bien que estaría yo ahora en mi casa, en Putney! En fin, paciencia. Tal vez cuando tenga ochenta años pueda disfrutar de un poco de tranquilidad.

Se pusieron en pie. En aquel momento oyeron rebullir a su izquierda, y «el Africano» se les acercó, con el pelo revuelto y la ropa en desorden.

—Cuando quieran, «*messieurs*». Por cierto que el dinero...

Angus sacó la cartera del bolsillo y contó unos cuantos billetes,

que alargó al otro.

—Y cuidado con la lengua. Tenemos la mano muy larga —le advirtió.

Ben Joseph hizo un movimiento de indignada virtud.

—¿Cómo puede pensar eso? —preguntó, muy ofendido.

—Abra la puerta. Y una cosa: cuando nos hayamos marchado, narcotice al americano y luego sáquelo de aquí. No antes, ¿me entiende? Donde lo ponga después es algo que no me interesa; pero no quiero sangre.

—No, *monsieur*. ¿No voy a ir con ustedes?

—¡El muy chantajista! —dijo Waring, rápidamente, en inglés. Quiere enterarse de lo que vamos a hacer, para sacarnos después el dinero. De buena gana le daría una paliza.

—No va a ir con nosotros. Haga lo que le he dicho. Y tráigame al annamita.

Un momento después,

Poh-Nam

aparecía entre los dos apaches del «Africano» con la cara terrosa y los párpados temblorosos. Lo sacaron a la calle, que en aquel momento empezaba a animarse con el paso de los obreros que iban a los talleres, y entre Waring y el escocés lo llevaron hasta la más próxima de las paradas de «taxis». Encontraron uno en el momento en que el conductor se disponía a trasegar su caté matinal.

«El Africano» se restregó la manos con satisfacción y se guardó los billetes con una rapidez propia de un experimentado ilusionista. Pero los ojos de los dos apaches estaban fijos en él. Les sonrió, enseñando los blancos dientes.

—Después, «mes gars». Antes terminemos el trabajo.

Y seguido de ambos se dirigió hacia el cuartito en que habían encerrado al americano.

Completamente desatado ya, Templeton los oyó acercarse, y se preparó. Se había apoderado de una pesada llave inglesa, que apretaba fuertemente con la mano derecha. Estaba cansado por la incómoda postura que había tenido que soportar hasta que pudo librarse de sus ligaduras, pero ya la sangre le circulaba rápidamente por las venas.

«El Africano» Ben Joseph fue el primero que penetró en el cuartito al abrir la puerta. Estaba tan convencido de la absoluta

indefensión del prisionero, que no se tomó el trabajo de entrar con precauciones. Ése fue su error.

La llave inglesa descendió sobre su nuca y lo derribó al suelo como un buey al recibir el mazazo del matarife. Cayó de boca y se quedó muy quieto, sin haber pronunciado una palabra. Sin molestarse en comprobar el efecto de su golpe, Templeton saltó sobre el cuerpo del tunecino y atacó de nuevo.

El primero de los apaches era un hombre de alta estatura y de anchos hombros. Había visto caer a su jefe, y se echó atrás de una manera impulsiva, de manera que la llave inglesa le golpeó en el pecho en vez de en la cabeza. Así y todo, fue un buen sartenazo, que le hizo recular y caer sobre una rodilla, mientras de su boca se escapaba un gemido ahogado.

—¡Ah, «cochon»! —gritó el segundo apache, ya con la pistola en la mano.

Levantó el arma y la descargó casi a quema ropa sobre el pecho de Templeton. Éste se había agachado instintivamente, y la bala se le incrustó en el hombro, lanzándolo hacia atrás.

No sintió más que el dolor que le hubiera producido un puñetazo, pero al instante la sangre empezó a brotar de la herida, mientras el francés disparaba de nuevo. Pero Templeton se había agachado otra vez, y el proyectil fue a enterrarse en la pared de enfrente.

El hombro alcanzado era el izquierdo, de manera que Ivor no había soltado el arma. Él no quería matar, si no era porque no tuviese más remedio; pero tampoco era hora de andarse con contemplaciones.

Hizo un molinete vertiginoso con la llave y tocó en la sien al apache alto, que se desplomó con un aullido de dolor. La tercera bala se hundió en la manga de la chaqueta del americano, pero sin tocarle el brazo. El poseedor de la pistola, al ver que había fallado y que su compañero caía, se echó atrás de nuevo. Fue entonces cuando la pesada llave Inglesa se estrelló contra su cara, aplastándole la nariz. Al darse cuenta Templeton de que el otro se alejaba, le había arrojado el arma.

Saltó un chorro de sangre del aporreado apéndice y un ronco alarido salió de entre sus labios. El golpe había sido bestial, sencillamente.

Las náuseas empezaron a invadir al americano. Por su manga bajaba ininterrumpidamente un reguero de sangre. Ya no tenía enemigos delante, pero sintió que le fallaban los sentidos. Tenía que encontrar la manera de detener la hemorragia, o se desangraría como un cerdo degollado.

Salíó, tambaleándose, al garaje, y se dirigió al coche. Al llegar a él hubo de agarrarse a la manija, porque le pareció que se iba a desmayar. Se quitó la trinchera penosamente y desgarró su pañuelo. Tenía un feo orificio de bordes limpios en el hombro, y pensó con desesperación que no iba a poder salir de allí siquiera. Y corría el peligro de que alguno de los apaches despertase de su desmayo y lo matase. «Tenía que salir» como fuese.

Sí, salir; pero ¿para ir dónde? Con una rabia que iba en aumento se dio cuenta de que empezaba a desvariar. Embutió el pañuelo con fuerza en la herida, gimiendo por el daño que le causaba el áspero contacto de la tela, pero notó que la sangre se detenía. Era una cosa que ya había comprobado durante la guerra; su plasma tenía abundancia de plaquetas coagulantes; pero así y todo, había perdido demasiada.

Casi a rastras consiguió llegar hasta las grandes hojas metálicas, las hizo correr sobre los raíles y volvió. Antes de llegar al «Renault» se agachó penosamente y cogió una de las pistolas de los apaches. Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, puso en marcha el motor y salió a la calle. El fresco que entró al instante por la ventanilla del automóvil le despejó algo.

¿Dónde? Todos sus sentidos se esforzaron en contestar a aquella interrogación. ¿Dónde? se repitió a sí mismo con tenacidad, para tener algo en qué pensar y no desmayar. ¿Dónde? Y de pronto, como esos rayos de luz que nos vienen repentinamente en medio de la profunda oscuridad, recordó.

Una mujer. Él no podía ir a ninguna clínica, porque harían preguntas. Pero había una mujer, una compatriota; una mujer que... era médico al mismo tiempo.

Reprimiendo un sollozo de alegría, puso el coche en primera, cambió con toda la rapidez de que fue capaz y lanzó el automóvil a toda velocidad por la casi desierta calle. Al mismo tiempo, su mente iba repitiendo una vez y otra las cuatro palabras que para él se habían convertido en un sésamo: «Calle Passy, Hotel Lyon», «Calle

Passy, Hotel Lyon», una y otra vez. Una y otra vez.

Esquivó a un viejo vendedor por unas pulgadas y se alejó, mientras el hombre lo maldecía con toda la fuerza de sus pulmones. Un poco más allá, ya en el bulevar de Clichy, estuvo a punto de chocar con un gigantesco camión lleno de cajas de pescado, y el chófer se asomó a la ventanilla para llamarle borracho. En el bulevar Hausmann espantó a un caballejo que estaba pacíficamente esperando a que su amo saliese de un bar de tomar café.

A vuelo de pájaro hay más de cinco kilómetros desde Mercadet hasta Passy, pero yendo entre las calles, esta distancia se convierte en siete, muy probablemente. No obstante estar herido y nublársele la visa de vez en cuando, Templeton recorrió el camino en menos de media hora. Su suerte quiso que los guardias de la circulación y del tráfico no empiecen en París sus funciones hasta las ocho de la mañana.

«Calle Passy, Hotel Lyon», sollozó, cuando embocaba esta última calle. Allí estaba, tentadoramente cerca ya, llegaba... estaba llegando, llegó.

Abrió la portezuela y se echó la trinchera sobre el hombro para ocultar las manchas de sangre al conserje. Luego se echó el sombrero hacia la nuca, y con los ojos vidriosos cruzó la puerta. Eran justamente las ocho menos cinco.

El conserje, recién lavado y peinado, levantó la vista del registro y miró con asombro a aquel caballero que parecía salido de un vertedero. Pero sus ropas eran caras y de buen corte. Los empleados de los hoteles no suelen equivocarse en estas cosas.

«¡Menuda papalina! —pensó—. Estos americanos...»

Y luego, en voz alta:

—¿Quería *monsieur* una habitación? —preguntó.

—Quiero ver a madeimoselle Hall —dijo con voz estrepitosa, que se empeñaba en hacer lo más clara posible.

El empleado del «comptoir» opinó para sí mismo que aquello era ya demasiado, incluso para un americano.

—Madeimoselle se encuentra descansando, *monsieur* —dijo fríamente—. Lo siento pero no puedo despertarla.

—Llámela —insistió Templeton con toda la firmeza de que fue capaz—. Es un asunto muy urgente.

—Lo siento —empezó el otro de nuevo, con más frialdad aún.

Pero vio cómo Templeton se cogió al mostrador y cerraba los ojos, como si fuera a desmayarse. Al mismo tiempo se dio cuenta con extrañeza, al estar las cabezas más juntas, que el aliento del desconocido no olía a alcohol en absoluto. Aquel hombre no estaba borracho.

—Espere —dijo.

Cogió el teléfono y estuvo un rato con el auricular pegado al oído, después de llamar. Luego habló durante un momento y se volvió a Templeton.

—Dígame su nombre, por favor, *monsieur* —pidió.

—Templeton —contestó el americano con voz débil.

El empleado habló otros diez segundos y luego se volvió hacia él.

—Suba, *monsieur*. Segundo piso, habitación 24.

Cómo logró llegar sin ayuda ajena hasta el segundo piso y encontrar la puerta 24 es algo que Templeton jamás fue capaz de comprender. Lo único de que se acordaba antes de perder el conocimiento fue que había estado golpeando algo, una puerta seguramente, y de que había visto agitarse ante sus ojos una larga cabellera castaña.

Recobró el conocimiento con la sensación de que había sido pisoteado por una manada de mulas locas que se habían ensañado sobre todos los puntos de su anatomía susceptibles de ser aplastados. Lanzó un gemido y trató de llevarse una mano a la frente. Pero no podía. Habla algo que se lo impedía; algo blando, pero que le sujetaba firmemente.

Abrió los ojos y los volvió a cerrar al darse cuenta de que frente a él había una ventana abierta que dejaba pasar el pálido sol otoñal parisiense. No podía soportar la luz. Entonces llegó la voz a sus oídos:

—¿Se encuentra mejor?

Era una voz de mujer clara, nítida y perfectamente timbrada, con acento sureño, ese grato acento que tanto gusta a los americanos. Entonces, al influjo de aquella voz, recordó.

Eso era. Le habían herido. Había combatido contra aquellos hombres en el garaje de Montmartre, y había logrado escapar. Llegó al... eso es, al hotel Lyon, en la calle de Passy. Allí...

Abrió los ojos de nuevo, tratando de entender lo que decía aquella voz.

—¡... descansar! No se mueva.

—Estoy bien —dijo, y se extrañó al comprobar que su lengua presentaba la misma resistencia a moverse que a la mañana siguiente a una buena borrachera.

—Eso se cree usted —le respondieron.

Y la propietaria de la voz apareció en su campo visual. Desde luego, se trataba de Vivían Hall, en pijama y bata, y que traía en las manos una bandeja con café.

—¿Estoy en el cielo? —preguntó él, intentando sonreír. Lo dolían todos los músculos de la cara—. Me hirieron en un hombro, ¿verdad?

—Es una herida bastante simple, pero ha perdido usted mucha sangre —le contestó la muchacha—. Ya le he curado, pero convendría que lo trasladasen a un hospital.

—Si quiere, me marcharé de aquí, si es que la voy a comprometer; pero no iré a ningún hospital. Además, me encuentro ya bien.

La joven se sentó en el borde del lecho y le miró seriamente.

—Mire, Templeton —le dijo—. No quiero preguntarle nada, pero esto es muy sospechoso. Es usted un compatriota que se encuentra en un apuro, y además una vez me ayudó en un mal trance. Por eso me gustaría ayudarle. Solamente que quisiera saber una cosa.

—Sé lo que va a preguntar —dijo él, esforzándose por pensar. Le costaba trabajo hilvanar bien las ideas—. Deme café, ¿quiere?

Ella le alargó una taza. Estaba espeso, amargo y bueno. Templeton lo bebió de un par de tragos y la miró, observando el delicado encaje que parecía su pelo cuando el sol lo hería. Daban ganas de hundir la mano en él y acariciarlo.

—Verá, me voy a poner en sus manos, pero estuvo usted en la guerra, y supongo que será patriota. No; espere, no hable. He venido a Francia porque el Gobierno de nuestro país está muy interesado en evitar los sabotajes que unos cuantos insensatos hacen a las armas que enviamos a los países occidentales.

—Comprendo —dijo ella, pensativa, pero sin dejar de mirarle.

—Bueno, pues ya he tenido una agarrada con ellos. Y... por cierto, ¿qué día es hoy?

—Si lo que quiere es saber cuándo llegó aquí, le diré que fue esta mañana. Ahora son las cuatro de la tarde. Es usted muy fuerte, y creo que sanará pronto.

Templeton se incorporó, con un quejido.

—Esta misma mañana hubiera podido enterarme de algo de lo que nos conviene saber —dijo lastimeramente—. ¡Maldita sea!

—Cállese. ¿Juega algún papel McTavis en todo esto?

Templeton la miró suspicazmente.

—¿Representa algo para usted? —preguntó sin ambages.

Ella enrojeció ligeramente.

—No tengo por qué contestar a esa pregunta. Responda a la mía, si quiere, pero no se meta en donde nadie lo llama.

—He sido leal con usted, y continuaré siéndolo. Pero ha de saber que si algo se trasluce de todo esto no podré efectuar mi trabajo.

—Soy patriota, y una vez juré algo delante de una bandera con barras y estrellas —dijo ella orgullosamente—. Hable si quiere, pero no me ofenda.

Templeton la miró y sonrió contagiosamente.

—Está bien, muchacha. McTavis está actuando por cuenta del Gobierno de su Graciosa Majestad Británica. Pero, ignoro por qué, parece tener un especial empeño en apartarme de su camino. Y tenga en cuenta que el trabajo a realizar es exactamente el mismo para las dos naciones. Pero esos ingleses son tan incomprensibles como los zulúes. No pueden hacer las cosas rectas, sino lo más torcidamente posible.

—Me quita un peso de encima —dijo ella, aliviada evidentemente—. Creí que Angus sería uno de esos saboteadores.

Templeton se sintió ligeramente dolido. De manera que el viento corría de ese cuadrante. Parecía que la apostura física del escocés había rebasado las defensas de la joven americana. Pero no dijo nada. Solamente probó de nuevo a levantarse. Ella le puso una mano en el hombro.

—No sea loco —le dijo autoritariamente—. Recuerde que yo soy el médico. Sí se mueve, podrá volver a tener hemorragia y ya está bastante débil sin necesidad de eso.

—Pero ¿no comprende que tengo que hacer algo? —preguntó él, con la desesperación de su propia inutilidad—. No es posible que me esté cruzado de brazos, mientras McTavis encuentra al hombre

que buscamos. Quiero encontrarlo yo.

—¿No es lo mismo que sea él o usted? —preguntó ella, con una lógica muy femenina—. No se preocupe: Angus lo cogerá.

«Vaya con la niña —pensó el americano, muy fastidiado—. Tiene confianza en el hombre de las faldas a cuadros».

—Necesitamos ser nosotros, amiguita —dijo, adustamente—. No Angus, como lo llama, ni el Segundo Bureau francés.

—Bueno, pues usted no puede por ahora. Será inútil que intente levantarse.

Se puso en pie y se dirigió a la otra habitación. Su alojamiento consistía en dos piezas pequeñas, una de las cuales oficiaba como una sala y la otra como dormitorio. Templeton cerró los ojos, angustiado. Estar allí tendido, mientras el insolente escocés obraba a su antojo, le parecía la mayor de las iniquidades. Pero, por ahora, no le quedaba otro remedio que aguantarse. La joven volvió con unas pastillas y un vaso de agua.

—Tenga —le dijo—. Con esto dormiré un buen rato. Y que conste que preferiría trasladarlo a algún hospital donde pudiéramos cuidarlo bien.

—Hemos de pensar también en el empleado del hotel —dijo Templeton, con una pálida sonrisa—. Me vio subir, pero se extrañará si no salgo. Su reputación de usted...

—No sea tonto —dijo ella. Y una picaresca sonrisa curvó sus labios, pintados con un carmín muy claro—. El empleado estuvo aquí a mediodía y le dije que había sufrido usted un accidente. No tengo inconveniente en decirle a usted que me debe diez dólares. Se los di para que tuviera la boca cerrada. Y dos paquetes preciosos de «Philips». Creo que ese empleado va a fumar a mi costa durante algún tiempo.

—De todas maneras... —Ella le tapó la boca, para que no siguiera hablando.

Su mano olía deliciosamente a un perfume exótico. Sin poderse contener, besó la rosada palma y Vivían la retiró, mirándole a los ojos.

—Eso no entra entre sus obligaciones —le dijo, con seriedad.

—Está bien, doctor, lo siento. Pero no quiero las pastillas. Quiero pensar.

En ese momento llamaron a la puerta. La joven se irguió

sobresaltada.

—Abra —le dijo él, con voz tensa—. Abra y procure despedir a quien sea.

Vivían se dirigió a la salita, que era donde daba la puerta de entrada. Vaciló un momento y luego preguntó quién era.

—Angus McTavis —respondió una voz fuerte—. ¿Puede recibirme?

Vivían pensó que las cosas se estaban complicando de una manera francamente desagradable. Había venido a París para asistir a un ciclo de conferencias y se encontraba con un compatriota herido ocupando su habitación y metida en un lío de saboteadores y cosas así.

«Esto sólo podía ocurrirme a mí», pensó, mientras recorría el cerrojo.

Estuvo tentada a decirle al escocés que la dejara en paz, pero comprendió que no era hombre que se contentase de esa manera. Más valía decirle que...

McTavis estaba en el umbral. Venía con la misma trinchera con que lo viera la noche anterior, pero estaba bien afeitado y no parecía cansado en manera alguna. Sus ojos azules se fijaban en los de la chica.

—Buenas tardes, yanqui —dijo lentamente—. Me estaba preguntando si es que no se había levantado aún.

—Tiene usted que marcharse ahora —dijo ella rápidamente—. Nos veremos... más tarde.

Y en ese momento se dio cuenta, con desesperación, que sobre el sillón de la sala estaba la chaqueta de Templeton, manchada de sangre. Sintió que la suya se le helaba en las venas al ver las pupilas del inglés fijas en la prenda.

—¿Dónde está? —preguntó Angus McTavis—. No me mienta, nena, porque ahora es inútil.

—Pase aquí, McTavis —dijo la voz de Templeton desde la alcoba.

—Claro —respondió el escocés.

Y con pasos firmes atravesó la sala y penetró en el dormitorio. Examinó de una ojeada a Ivor y luego sonrió adustamente.

—¡Bonito cuadro! —dijo—. ¿Cómo llegó aquí?

—Sus gorilas lo hirieron —respondió el americano, con frialdad

—. Pero ya tienen lo suyo. ¿Encontró al hombre que buscaba?

—Haga el favor de marcharse, McTavis —dijo la joven, interponiéndose entre ambos hombres—. Esto no es cosa suya.

—Pues me parece que sí —fue la respuesta—. No, no lo encontré, porque no fue, si es que le interesa. Pero lo haré. Por de pronto, la Policía francesa está investigando quién abrió la cabeza a un apache en Montmartre y se escapó luego... herido. Está usted en un buen lío, Templeton, y no niego que me alegro. Parecía usted muy seguro de sí mismo.

Ivor crispó las manos sobre las frazadas.

—De buena gana le partiría esa cabeza —dijo tensamente—. Pero esperaré para ello.

El escocés avanzó hasta colocarse al lado de la cama.

—Sí que podrá esperar, pendenciero. Me alegro de verle. Creo que vamos a trabajar juntos esta vez.

—¿De veras? —preguntó Ivor, con escepticismo—. Lo siento, McTavis; pero no puedo fiarme de usted.

Angus rió profundamente y alargó una mano grande y pecosa.

—Cuando un escocés dice una cosa, más le vale fiarse de él, amigo.

—¿Qué le hizo cambiar tan repentinamente?

Sus gorilas me hubieran arrojado al Sena con una tonelada de ladrillos en cada pie y usted no hubiera movido ni un dedo.

—Es que tengo noticias, pero necesito cotejar con algún dato que tenga usted. Sólo usted puede dármelo ahora...

Templeton lo miró fijamente.

—¿Qué clase de juego se trae entre manos?

—Verá. Han ocurrido cosas. Pero dígame: ¿cómo reconocería usted a Schlaps si lo viera?

—Eso, amigo, es un dato que le hubiera traspasado con mucho gusto ayer; pero hoy, no. Se ha portado usted como si mi país fuese enemigo declarado del suyo y sabe que no hay nada más lejos de la realidad. No, me guardaré lo que sé para mí.

McTavis lo miró con ira prontamente reprimida.

—¿Ésa es su postura?

Ivor se tocó el hombro herido con la mano derecha.

—«Esto» —dijo— es lo que me ha hecho pensar así.

—Pues lea «esto» —contestó el celta, sacando un periódico del

bolsillo y acentuando la palabra «esto» mientras se lo entregaba.

Era un suelto pequeño, en segunda página, del diario «Combat». En él se decía que un súbdito americano, llamado míster Charles Stanton, cuyas señas personales seguían, había sido hallado muerto en su casa, en la calle de Courcelles. Lo habían matado a tiros y habían registrado todo el piso, dejándolo en un magnífico estado de desorden, Nada más.

Templeton levantó la vista. Estaba pálido.

—¿Lo ve? —preguntó el hombre del Intelligence Service—. Nosotros estábamos enterados de quién era Stanton, pero, por lo visto, Schlaps también se ha enterado y ha preferido quitar de en medio testigos molestos. Y estoy seguro de que han desaparecido todos los documentos que pudiera tener allí sobre ese escurridizo pez.

Templeton meditó durante un minuto largo.

—¿Qué pasó con el annamita? —preguntó.

—Nada, sino que vino el que le tenía que dar las órdenes. He vuelto a encerrar a

Poh-Nam,

pero ya no he podido hacerlo en casa del «Africano», porque éste anda huido por alguna parte. Fue el único de la pandilla que logró escapar de la redada de la Policía. Y no sé dónde puedo encontrarlo.

—Está bien —dijo Ivor, decidiéndose—. Confiaré en usted, pero que Dios lo ampare si me deja en la estacada.

Vio los atentos ojos, del escocés clavados en los suyos y vio también claramente que aquel hombre seguiría haciendo lo que quisiera en cuanto le hubiese sacado lo que quería.

—Schlaps —dijo, articulando claramente la palabra— tiene un ojo de cristal.

—Está usted mintiendo —respondió el otro, mientras las venas de sus sienes se atirantaban, clara indicación de la rabia que lo poseía.

—¿De veras? —preguntó Ivor—. Pues tendrá que creerme. Al menos, eso es lo que me dijo Stanton.

—¿Cree usted que la Crowcass no lo habría dicho? —preguntó Angus, procurando reprimirse—. ¿Cree usted que eso es un detalle que pudiera haberles pasado inadvertido? Escuche, Templeton, si me ha tomado por un idiota...

—El ojo lo perdió después —respondió Templeton, mintiendo con entera tranquilidad—. Ya le digo que tendrá que creerme. Tiene un maravilloso ojo de cristal, que apenas se diferencia del natural. Busque a ese hombre y tendrá a Schlaps.

El escocés se separó de la cama.

—Pronto sabré si me ha engañado o no —dijo. Y se dirigió hacia la puerta—. Por cierto, que procuraré que no le falte nada.

—Yo misma me ocuparé de ello —dijo la joven, que había seguido ansiosamente la conversación.

Y la puerta de entrada se cerró tras las anchas espaldas de Angus McTavis.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

VI



ARIAS unidades de la Guardia Móvil, del Ejército y de la Gendarmería ocupaban la calle de Thiers, la del Almirante Nielly y se estacionaban en la Gran Allée. Los hombres estaban atentos y serios y vigilaban constantemente toda la rada. De vez en vez, los reflectores de la punta de Armorique, de la de Los Españoles y de la de Portzic, se encendían y correteaban despaciosamente, iluminando las siluetas de los barcos anclados. El puerto de Brest velaba, mientras la población dormía.

Y velaba, porque en la rada había un barco americano tipo «Liberty», que traía en su panza de acero las más modernas «bazookas» y cohetes antitanques habían fabricado las industrias de los Estados Unidos. Y esas armas eran necesarias para la futura defensa de Europa. Y había unos cuantos individuos decididos a que aquellas armas nos sirviesen para lo que habían sido construidas.

Las primeras claridades del alba tiñeron el Oriente de un

rosicler, prontamente empañado por las brumas que subían del río y del mar. A las siete de la mañana, el gigantesco puerto empezó a desperezarse y vomitó por las puertas del barrio obrero una legión de endriagos, que caminaban rápidamente a su trabajo. Cuadrilla tras cuadrilla, fueron ocupando su puesto, bajo la mirada escrutadora de los guardias móviles y de la Gendarmería.

El hombre, tocado con un gorro de lana gris, rematado en un pompón castaño, encendió un «gaulols» y tiró la cerilla. Llevaba en la mano su pequeño paquetito con la comida de mediodía, como otros centenares de trabajadores de los muelles que vivían al otro lado de la ciudad. Pasó junto a uno de los guardias móviles y contrajo la boca en una sonrisa.

—«Çar va, mon gars» —dijo—. Que tienes cara de frío. ¿Qué tal te vendría un trago, «hein»?

—«Allez» —ordenó el guardia, colocándose bien el aplastado casco—. «Allez au travail».

Un sargento sé aproximó. En la fría mañana su cara parecía azulada por efecto del reciente afeitado.

—No te entretengas —dijo—. Al trabajo.

El hombre sonrió amistosamente y prosiguió su camino. Estaba adscrito a una cuadrilla que, bajo las órdenes del capataz bretón, había de ir a bordo para manejar la grúa. Subió la pasarela, mientras oía a su alrededor las protestas de algunos obreros, que aseguraban todavía que era una vergüenza enviar armas para una nueva guerra. Los tentáculos soviéticos son largos.

—No seáis camellos —dijo amablemente—. Los americanos hacen lo que pueden, ¿no es así? Y siempre será mejor pelear con buenas armas que no con trastos viejos.

Un marino americano, un negro gigantesco, esperaba en lo alto de la pasarela. Miró a los obreros con sospecha y tocó el paquete del hombre de la gorra de lana.

—«Et bien»! —dijo éste—. ¿Comerías una buena «soupe», carbón americano? —Pero su sonrisa era de lo más amistosa posible. El negro, que entendía algo de francés, lo miró ofendido—. No te enfades, «mon vieux», que todo era «une plaisanterie», una broma. Pero sí que me gustaría que me invitases tú con uno de esos cigarrillos que sin duda llevas escondidos por ahí, ¿eh?

El negro le volvió la espalda, molesto, y el capataz se aproximó

al obrero.

—¡Venga! —dijo—. Hay que trabajar si quieres ganarte el sueldo, sindicado. No creas que lo dan de balde.

«Tiens»! Sin duda que sí, patrón. ¿Dónde? Pero dejaré la comida en alguna parte segura. El otro día me la robaron, digo yo, porque no pude encontrarla.

—¿Dónde estabas?

—En el muelle dos. He venido aquí por los que faltan, ya sabes, esos vagos que se aprovechan de las cosas políticas para no trabajar.

«Ah,
qu'ils

sont voleurs, vraiment»! Ladrones, eso es lo que son.

—No pierdas tanto tiempo —ordenó el capataz.

Y dio media vuelta, para ayudar a los marineros americanos a empezar la descarga, al frente de sus hombres. La Guardia Móvil intensificó su vigilancia. Se podía decir que cada uno de los obreros portuarios tenía sobre sí la atenta mirada de los ojos de un «peludo» o de un guardia.

El hombre de la gorra de lana se metió en un pasillo y sorteó a un marinero americano. Pero éste le puso una mano delante.

—¿Dónde tú ir? —preguntó, chapurreando.

—«Tiens»! Quiero dejar esto... comida... que no quiten a mí —respondió, con una sonrisa.

El marinero miró el paquete y quitó el brazo. El otro prosiguió su camino hasta doblar un recodo. Entonces, bruscamente, sus movimientos se hicieron más vivos y sus ojos adquirieron el brillo de la inteligencia.

Desató el paquete en un momento y se guardó el papel que lo envolvía en el bolsillo. Dentro había una caja de cartón del tamaño de un cajetín telefónico aproximadamente. Lo abrió con movimientos seguros y apretó algo en su interior. Un débil «tictac» continuado le demostró que la cosa ya estaba funcionando.

Abrió la primera puerta que encontró. Se trataba de un camarote con un ojo de buey. Había allí diversos trastos de limpieza. El hombre dejó el paquete en el suelo, oculto tras un cubo de baldear y salió de nuevo al pasillo. Un momento después estaba de nuevo en cubierta, aguantando con su simpática sonrisa la chaparrada del capataz.

—No siga, «mon vieux» —le dijo—. Ya estoy aquí y... «me fol»! dispuesto a partirme los riñones trabajando.

Durante media hora, el desembarco de material táctico continuó sin ningún incidente. De pronto, el hombre de la gorra de lana lanzó un grito. El capataz se precipitó hacia él y le vio cómo se sujetaba una mano con fuerza, mientras revolvía los ojos de dolor. Por entre sus dedos corría un líquido espeso y rojo... sangre.

—«Nom
d'un

nom»! —gemía—. A mí me tenía que ocurrir esto, a mí. ¡Ah, «que je suis un chameau vraiment»! Pescarme la mano...

—Vete abajo enseguida, al botiquín del muelle —le ordenó el capataz, compasivamente—. «¡Qué hato de inútiles! —agregó para sí—. No saben trabajar y parecen alfeñiques».

El hombre descendió la pasarela apresuradamente, mientras el cabrestante hacía descender un magnífico surtido de «bazookas» antitanques perfectamente empacadas. Pasó junto al cordón de guardias, exhibiendo su mano herida y lamentándose en francés y en bretón casi al mismo tiempo.

Pero no llegó al botiquín. Al salir de la zona vigilada, en la acera opuesta de la calle Thiers, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el jugo de tomate que hasta ahora guardara en un frasquito y que le había servido tan a maravilla para sus fines. Luego echó a andar muy deprisa hasta una de las callejuelas que dan al muelle. Se quitó la gorra de lana y, aprovechando un momento en que nadie pasaba por la calle, se quitó el chaquetón también y le dio la vuelta, convirtiéndose en una prenda un poco más elegante. Era un hombre no mal parecido y con cierto aspecto de intelectual. No obstante, durante todo el tiempo que pasó en el barco se había portado como el más bravo de todos los descargadores.

Se metió en un portal, atravesó un patiejo empedrado con pedruscos de punta, volvió a salir de la manzana por una puertecilla para carros y, por fin, se introdujo en una casa, a la puerta de la cual había un tallercito de zapatero. Subió unas estrechas escaleras, que lo condujeron al segundo piso, y llamó ligeramente a una puerta.

Alguien dijo adelante y él pasó. En una pequeña habitación, sin más muebles que una mesa y tres sillas, había dos hombres. Era uno

de ellos alto, de anchos hombros y de pelo rubio. El otro, un poco más bajo y de pelo negro, parecía un meridional.

—Listo —dijo el recién llegado, dejándose caer en una silla. A pesar de la baja temperatura sacó un pañuelo del bolsillo y se secó unas gotas de sudor que le parlaban la frente—. ¡Cielos! Si tuviera que pasar de nuevo esa tensión, creo que no lo resistiría.

A lo lejos les llegó el ruido apagado de una explosión. Los tres se miraron y sonrieron.

—No hundirá el barco, pero les enseñaré algo —dijo el rubio—. Sus azules ojos se ajaron en la ventana. Era un hombre que aparentaba unos cuarenta y tantos años. —Y puede que les destruya parte del armamento.

—Seguro —dijo el que había estado en el puerto—. La puse en buen sitio.

—Ha sido un buen trabajo, Leblanc —dijo el rubio—. Un buen trabajo, que no valdrá menos de los cincuenta mil.

Leblanc se puso en pie.

—Sí —respondió—. Hay que combinar el placer con los negocios. Gracias, «*monsieur*» Dupont, y mi enhorabuena también a «*monsieur*» Lenoir.

Tanto Leblanc, como Dupont y como Lenoir, son, en francés, nombres tan corrientes como Smith en inglés. Era evidente que aquellos hombres no se llamaban así, pero ello daba lo mismo.

—Bien, «*messieurs*» —dijo—. Ahora me marcharé a dormir. Eso de madrugar tanto no le conviene a mi organismo. «Au revoir»!

Cuando se marchó, el rubio se volvió al otro.

—Ese hombre vale mucho, ¿verdad, Clouet? —preguntó.

—Así es, «*herr*» Schlaps —fue la respuesta.

Los bomberos apagaron el fuego que se había iniciado en el pasillo superior del barco «Liberty» en muy poco tiempo, pero el pánico cundió entre los obreros portuarios, y la Guardia Móvil se vio precisada a hacer uso de las porras, para impedir la revuelta. Los gritos de «¡No se nos protege contra los saboteadores!» sonaban unánimes por todas partes, y todos los esfuerzos de los capataces apenas bastaban para evitar que abandonasen el trabajo. Dos marineros americanos y un descargador francés habían resultado heridos.

Los oficiales de la Gendarmería subieron al barco, abriéndose paso a codazos y maldiciendo de los malditos sabotadores. Un capataz bretón se acercó al comandante con la gorra en la mano.

—El que hizo eso era de mi cuadrilla, «mon commandant» —dijo, pesaroso, con los azules ojos llenos de rabia—. Lo mataría si lo tuviese ante mis ojos otra vez —añadió.

—Descríbalo —ordenó el comandante de la Guardia Móvil.

El capataz lo hizo así, procurando acordarse de todos los detalles del sabotador. Cuando acabó, el comandante se volvió hacia un joven teniente que estaba a su lado.

—Se trata de Joinville —dijo serenamente—. Cuando lo coja...

Un hombre vestido de paisano, que estaba al lado del oficial de la Gendarmería y que hasta ahora permaneciese callado, cogió al comandante del brazo.

—Lo cogeremos, no se preocupe.

—Ustedes, los del Segundo Bureau, siempre tienen un optimismo que a mí me parece exagerado —masculló el otro—. Aunque lo cogiésemos, no podríamos hacer nada. Se echarían encima los sindicatos dominados por los comunistas.

—Ahora, no. Se trata del bien de la patria y se trata también de que hay hombres heridos. Quizá uno de ellos muera hoy mismo. Recuérdelo.

Un hombre alto, de gran corpulencia y de espesos cabellos rubios, gandleaba por el puerto. Un guardia móvil lo detuvo y le indicó que tendría que retirarse hacia las calles aledañas. El hombre hizo un saludo y se echó hacia atrás. En aquel momento, el teniente coronel Varobski, del Segundo Bureau francés, lo descubrió.

—Dispénsame un momento —dijo al comandante de la Gendarmería—. He de hacer algo ahora.

Descendió la pasarela rápidamente y se encaminó hacia el hombre rubio. Éste pareció no notar su presencia hasta que lo tuvo al lado. Entonces pareció sinceramente entusiasmado de volverlo a ver.

—¿Cómo está, hombre? —preguntó, con un fuerte acento escocés.

—Muy bien, pero puede dejar la pronunciación ésa. Le he oído hablar a usted perfectamente el francés... sin acento, en otras ocasiones.

—Le invito a tomar algo.

—Lo siento; otra vez será. Quisiera hablar con usted un momento, *sir* Dumbar, si no le molesta.

—Desde luego, no.

Penetraron en el pequeño bar de la calle de Thiers y el escocés pidió un «*whisky*» doble con soda. El hombre del Servicio Secreto francés, una limonada.

—Bien; diga lo que tenga dentro, Varobski —dijo McTavis—. No se quede con nada y confíe en el viejo Dumbar.

—No confío en usted poco ni mucho, aun cuando no tengo pruebas para hacerle pasar unos cuantos días en la Santé, *sir* Dumbar. Pero si puedo hacerle una sana advertencia: si sabe algo, dígamelo a mí o a la Policía, pero no se lo calle. Recuerde que está en Francia.

—Y ¿cómo podía olvidarlo, mi querido oficial? Francia es única, París es único, pero debo advertirle que no comprendo nada absolutamente de lo que me está diciendo, Ni una palabra.

—Está usted advertido, *sir* Dumbar. Nada más.

—¿No quiere tomar otra limonada?

Sin responder, el teniente coronel dio media vuelta y se marchó. Angus McTavis lo vio alejarse con una sonrisa en los finos labios. Acabó su «*whisky*», pidió otro y encendió un cigarrillo. Cuando terminó, salió del bar y, de nuevo a la luz plomiza del cielo del Atlántico, sonrió. La primera partida había sido suya. El hombre del Servicio Secreto francés tenía sus sospechas acerca de él, pero una cosa es tener sospechas y otra cosa probarlas. Y hasta ahora no podrían probarle nada. Cuando quisieran hacerlo, él ya estaría lejos, al otro lado del canal de la Mancha.

Luego pensó en la muchacha americana. No había tenido más remedio que dejarla en París, mientras él iba a Brest para ver si ocurría algo al desembarcar el cargamento de armas. Efectivamente, algo había ocurrido. Y él había visto al hombre que salió del barco sujetándose una mano que sangraba. En aquel momento no le había dado importancia, pero a la luz de los acontecimientos posteriores, tenía, y mucha.

Silbando para sí se encaminó hacia el sitio por dónde viera desaparecer al hombre. No tenía la menor posibilidad de encontrarlo, pero no podía dejar de echar un vistazo. Los resultados

fueron mucho mejores de lo que esperaba.

Vio cómo dos guardias móviles, guiados por un cabo, recogían del suelo algo. A lo lejos vio que se trataba de un pañuelo manchado, con algo rojo. Un pañuelo y... ¿sangre? El hombre aquel bajaba herido del barco al que pusieron la bomba.

Se acercó todo lo que pudo, que no fue mucho. A lo lejos le llegó la voz del cabo hablando algo referente a tomate, aunque no lo oyó con claridad. Pero Angus McTavis era un hombre inteligente y sabía que, dos y dos han de hacer, forzosamente, cuatro. El resultado era obvio.

Viendo a lo lejos la silueta de Varobski, al que, por lo visto, habían ido a llamar, se alejó lo más rápidamente posible. No perdería de vista, mientras pudiera, a los investigadores, pero tampoco se dejaría coger en alguna trampa que le pudiera tender el teniente coronel.

Luego regresó al hotel que había ocupado la tarde anterior, pidió una botella de «*whisky*», la descorchó y se tendió en la cama a fumar innumerables cigarrillos y a beber, mientras pensaba. El resultado de sus meditaciones le hizo fruncir el ceño varias veces, y otras, sonreír.

VII



VOR Templeton se miró al espejo e hizo una fea mueca. Indudablemente, su cara había sufrido cierta transformación. La herida y la forzada quietud lo habían desmejorado bastante y no se sentía demasiado fuerte. Se encontraba todavía en casa de la muchacha, pero ya había decidido marcharse a su hotel. Para ello esperaba a que ella volviera de su clase en la Salpetriere.

Encendió un cigarrillo con la colilla del que acababa de consumir y se sentó en una silla. Habían pasado diez días que fuera herido y esos diez días habían sido de prueba para él. En primer lugar, McTavis, al que no deseaba perder de vista, había desaparecido dos días atrás, sin previo aviso. En segundo lugar, la joven se encontraba muy nerviosa, quizá debido a la desaparición

del escocés o quizá debido a alguna otra causa. El caso es que el día anterior habían tenido una pequeña agarrada. Ello le había decidido, pese a no haber cicatrizado del todo la herida, a marcharse.

También ese mismo día había leído en los diarios la noticia del sabotaje en el puerto de Brest y, por cierto, que no le había gustado nada aquello. A causa de su herida, él no se había enterado de la llegada de un barco americano a Francia, pero McTavis sí debía saberlo.

Oyó pasos en la escalera, y oyó también que se detenían ante su puerta. Distráido con lo que estaba pensando, no se fijó si eran de hombre o de mujer, hasta que sintió el pomo de la puerta girar suavemente, casi sin ruido. Entonces, con un brusco presentimiento, se puso en pie.

Allí estaba el visitante. Era un hombre de unos treinta años, de cara fina, aun cuando no afeminada; de ojos azules y pelo claro. Iba vestido con un traje castaño y un liviano gabán por encima, abierto. La mano derecha la llevaba metida en el bolsillo de esta última prenda.

—Buenos días, *monsieur* —dijo.

Y en el momento en que le oyó hablar, Ivor supo que no era francés. Flamenco, quizá, o quizá alemán. Su dicción resultaba un poco dura al oído.

—Buenos días —respondió Templeton, con serenidad.

El individuo echó una ojeada a su alrededor.

—¿Está solo, *monsieur*? —preguntó.

Templeton dudó solamente un momento. De nada serviría tratar de engañarlo.

—Sí.

—Espléndido. ¿Quiere coger su abrigo y acompañarme a dar una vuelta?

Ivor sonrió abiertamente.

—No, no quiero. Pero me imagino que no tendré más remedio, ¿verdad?

—*Monsieur* es un hombre inteligente. —Analizó el otro.

Se acercó a Ivor, que acababa de coger su trinchera de la percha, y le ayudó a echársela por encima de los hombros, cuidando siempre de ponerse del lado en que llevaba el brazo en cabestrillo.

—Vamos, cuando *monsieur* guste.

Salieron al corredor, mientras Templeton pensaba furiosamente. Ignoraba quién pudiera ser este individuo, aun cuando estaba casi seguro de que no se trataba de un policía. Un policía secreto francés le hubiera dicho que lo siguiera a la Comisaría, en nombre de la ley, aun cuando no estaba detenido. Éste había obrado como de una manera casual, sin darle importancia al asunto, eso le escamaba. Le recordaba, más bien, la manera de proceder de los cuadrilleros yanquis.

Sólo que no era yanqui, desde luego. No podía saber con exactitud la nacionalidad de su aprehensor, aun cuando lo suponía belga. Al pasar por delante del «comptoir», el otro se le aproximó más, siempre tocándole con aquel bolsillo. El empleado los miró con curiosidad, porque se acordaba de la espléndida propina con la que le obsequiara la americana de pelo castaño. Ahora comprendía por qué se había quedado aquel hombre allí, en el hotel. Sin duda había sufrido un accidente.

—¿*Monsieur* nos abandona? —preguntó, con diplomacia.

El aprehensor se había colocado de tal manera, que podía ver los ojos de Templeton, de manera que éste no se atrevió a llevar a cabo su pensada estratagema de hacer un guiño.

—Volveré —dijo—. Salgo a dar una vuelta con mi amigo.

Y ambos se dirigieron hacia la puerta. El empleado observó lo juntos que caminaban, y le extrañó. También que, al atravesar la puerta giratoria, se metieron los dos en el mismo cuadrante, sin duda porque el rubio no podía esperar con tranquilidad. Ello dio lugar a cierta confusión, porque una señora gruesa empezó a protestar.

Cuando estuvieron en la calle, el rubio se aproximó a un coche que estaba parado junto al cordón de la acera. Se trataba de un coche americano, un «Pontiac» de lo menos treinta caballos, tan largo como un vagón de ferrocarril.

—Entre, *monsieur* —le dijo.

Al volante había otro hombre con uniforme de chófer y la gorra bastante calada. Templeton penetró en el interior y el rubio se sentó a su lado.

—¿Dónde vamos? —preguntó Ivor, con tranquilidad.

—A dar un paseo —fue la respuesta.

El coche enfiló el *boulevard* Grenelle hasta alcanzar el de Garibaldi, Pasteur y Vaugirard. Cuando pasaban ante la Escuela de Comercio, Templeton volvió a abrir la boca.

—¿Puedo saber quién le envía?

—No, *monsieur*. Ahora, no, al menos. Tiempo habrá.

Luego, de pronto, dio una orden al chófer, en alemán. El hombre asintió y se metió rápidamente por la avenida del Maine. No es necesario recordar que un pico de ese cuadrilátero, truncado por el *boulevard* Raspail que es el cementerio de Montparnasse, cae sobre esa avenida.

Y en el cementerio se metió el coche. Penetró por el camino que lo bordea hasta enfilear la ancha vereda, una de las tres que lo cortan longitudinalmente.

El sol se ponía, de una manera invisible, y algunas gotas, las primeras de toda la amenaza de lluvia de aquel día, empezaban a susurrar entre las hojas de los castaños, que yacían sobre los enarenados senderos. Los cipreses, como fúnebres fantasmas, erguían sus estilizadas siluetas, flagelándose unos a otros con sus copas, suavemente, al contacto con la brisa.

El automóvil paró casi bruscamente en un recodo. No se veía nadie alrededor. Templeton era un hombre valiente, pero miró con cierta intranquilidad a su acompañante. Éste sacó del bolsillo un paquete de «Caporal» y encendió uno sin ofrecerle.

—Bonito sitio, *monsieur*,

«n'est

ce pas»? —preguntó, con la misma voz calmosa y casi sin inflexiones.

—Según —respondió el americano—. Escuche, amigo, estoy en sus manos, pero ignoro aun lo que quiere de mí. No sé por qué me ha amenazado con una pistola, desde el bolsillo, en mi hotel, ni sé cuáles son sus intenciones al traerme aquí. Y creo tener derecho a saberlo. Soy súbdito americano y sé cuáles son mis derechos. No lo olvide.

El otro rió suavemente.

—No veo motivo para ponerse así, *monsieur* —dijo—. ¿Cómo se enteró de que yo tenía una pistola?

Sé cuándo la gente lleva un arma en el bolsillo, amigo. Yo soy un viajante de comercio, pero he hecho la guerra y sé de qué hablo.

Ya me he cansado de este jueguecito de niños y quiero volver a mi hotel.

—¿Cómo se hirió en el brazo, *monsieur*? —preguntó.

—No le importa.

—Sí. No es usted viajante de comercio, sino un policía secreto americano. Federales, creo que los llaman. A no ser que sea un agente de la Crowcass, lo cual también pudiera muy bien suceder. Cuanto antes se dé cuenta de que no le interesa fingir, mejor.

Aquel tipo estaba enterado, de eso no cabía duda, pero aún podía haber alguna esperanza.

—No sé de qué me está hablando —replicó, de un modo que procuraba hacer lo más convincentemente indignado posible—. Lléveme a mi hotel o se atenderá a las consecuencias. Soy súbdito americano y...

—Es usted algo más que un súbdito americano, *monsieur*. Es usted un policía —encendió otro «Caporal» y tiró la cerilla por la ventana del coche—. ¿No quiere confesarlo? Como quiera. Lo sabemos. Y ello le costará la vida, *monsieur*. Se ha metido usted en un asunto privado.

—¿Quién lo envía? —preguntó Templeton.

—Calle y lo sabrá.

La oscuridad era completa ya, y la lluvia se estaba generalizando, empujada por el viento. El rubio miró su reloj, de números luminosos y expelió otra bocanada de humo. De pronto, como si le hubiera picado una serpiente, tiró la colilla. Del borde del camino, una voz autoritaria le había ordenado hacerlo.

Alguien pisó la punta del cigarrillo y una sombra oscura se aproximó al «auto», abrió la portezuela y penetró dentro. Templeton esforzó cuanto pudo la vista, pero no pudo ver más que una alta figura, tocada con un abrigo y un sombrero, nada más.

—¿Más fantasmones? —preguntó—. Oiga, desconocido, a ver si puede meter en la cabeza condenada de este estúpido individuo que no se puede molestar de esta manera a un ciudadano americano, que conoce sus derechos y que...

—Cállese. «Se puede» molestar a un ciudadano americano. Y se le puede cortar el cuello también, porque aunque ustedes han llegado a creerse inviolables e intocables, no lo son.

—Déjeme en paz de monsergas —dijo groseramente Templeton,

siempre procurando mantenerse en su papel de viajante de comercio consciente y poco amigo de complicaciones—. Lo que yo quiero es que me lleven otra vez al hotel antes de que empiece a enfadarme.

—Ivor Templeton —le dijo el hombre de las sombras—: es inútil que siga fingiendo. Así como así, voy a ordenar que lo maten para quitarme un posible enemigo de en medio. Pero quizá podría hacer un trato con usted.

Ivor vio que nada ganaría negando su personalidad. Por lo visto, estaban perfectamente enterados. ¿Cómo? No lo sabía, aunque se figuraba que los archivos de Stanton debían haber sido cuidadosamente revisados por el hombre que lo mató.

—Usted gana, Schlaps —dijo—. O ¿no lo es?

—Lo soy. Le propongo un trato.

—Bueno, hable.

—Dígame usted todo lo que sepa acerca de mí. Pero fíjese bien: lo que sepa usted y lo que sepan sus superiores. Todo en absoluto. A cambio de eso, la vida. Si se niega, morirá.

De que lo matarían, hablase o no, no le cabía ninguna duda a Templeton, pero podía ganar tiempo, esperando a que ocurriese algo. No sabía qué, pero algo. Quizá un milagro.

—No me gusta ser soplón... —empezó diciendo.

—La vida si habla —repitió la voz. Entonaba perfectamente las palabras francesas, aun cuando se notaba, precisamente por esa perfección, que no era ésa su lengua materna. Pero no había nadie que pudiera decir cuál era—. La muerte si calla.

—No me gustaría morir —dijo, con acento de convicción, como si estuviese sopesando el asunto—. Pero es que el delator, tarde o temprano, paga su traición. Eso es algo...

—La muerte —dijo la voz.

—No, espere; aún no he acabado. No quisiera morir, y no moriré, sí está en mi mano el evitarlo. Le diré lo que sé si me promete que me volverá al hotel. Inútil decir que no diré nada de esta entrevista.

En la voz del otro se notó un leve acento de triunfo al responder:

—De acuerdo. Se lo prometo.

—Pues... —empezó dudando, como si le costase trabajo el traicionar a sus jefes y compañeros—, pues saben que usted se

llama Schlaps, que es alsaciano, su edad y los servicios que ha prestado a los alemanes durante la guerra. ¡Ah! Bueno, y que tiene usted un ojo de cristal.

Era esto una finta. De sobra sabía Templeton que los dos ojos de Schlaps eran perfectamente normales. Pero no oyó nada en absoluto. El alsaciano dejó pasar las noticias sin un comentario.

—¿Nada más?

—No, que yo sepa. No he visto los archivos.

—¿Qué vino usted a hacer aquí? ¿A cogerme?

—No niego que es así —dijo Templeton, con gran franqueza—. Pero ha resultado al revés, ¿verdad, jefe? —preguntó con estupidez, perfectamente fingida.

—Sí, imbécil —este «imbécil» fue como una bofetada asestada en pleno rostro del agente; pero él lo esperaba, y también esperaba lo que vino después.

—No esperaría usted verdaderamente que yo cumpliría mi palabra, ¿verdad? —preguntó la voz—. Resultaría demasiado peligroso.

Hubo un pequeño silencio. Luego, de pronto, se oyó un pequeño ruidito en el interior del coche. Templeton estaba riendo suavemente.

—No esperaría usted que yo le dijera lo que sabía, ¿verdad? —preguntó mordazmente—. Le he contado un hatajo de mentiras, pero pruebe a entresacarlas de la verdad.

—Lo mataré —anunció la voz tensamente.

Aquel hombre se había puesto furioso, eso era indudable.

—Ya lo sé; parece un disco rayado.

El hombre que lo capturó, el rubio, le dio un fuerte golpe en la boca con algo muy duro, y Templeton gustó el sabor de la sangre.

—Esto me lo pagarás algún día —dijo.

—No tendrás tiempo —respondió el otro.

Y volvió a golpearle. De pronto, le interrumpió la voz de Schlaps.

—Basta —ordenó de una manera tajante—. Ya sabéis lo que habéis de hacer.

El chófer y el rubio se apearon y sacaron a Templeton sin ningún miramiento. Éste apenas pudo reprimir un gemido cuando le dieron un golpe en el hombro.

Lo condujeron hasta la orilla del sendero y allí encendieron una linterna sorda. La bravura de Templeton vaciló al ver lo que querían hacer con él.

A sus pies se abría una fosa, a la que habían levantado la tapa de piedra de alguna manera, seguramente para sacar los restos del anterior ocupante, porque ahora estaba vacía. De manera que lo que querían era matarlo de un tiro o una puñalada y enterrarlo luego. Era lo más probable que aquel crimen jamás se descubriera.

El rubio amartilló una pistola y la sacó del bolsillo. Interiormente, Templeton oró, pidiendo que el tiro fuera eficaz, porque la perspectiva de morir enterrado vivo no era nada agradable.

—¿Preparado? —preguntó una voz casi susurrando.

—Preparado —repitió el rubio.

Y en ese momento, la plegaria de Ivor fue contestada, aun cuando de una manera ligeramente distinta. Una potente linterna eléctrica se encendió entre las sepulturas e iluminó el grupo distintamente. Al mismo tiempo, una voz autoritaria, aun cuando un tanto cascada, dijo:

—¡Quietos todos! Tengo un revólver. ¿Qué hacen ustedes aquí?

Una sombra emergió, precedida por la luz, hasta encontrarse casi al lado de ellos. La linterna sorda daba la suficiente claridad para que pudieran observar que se trataba de un hombre de unos sesenta años, bajo y fornido. Efectivamente, llevaba un revólver en la mano derecha.

—¿Qué hacen aquí? —repitió.

En aquel momento vio la postura de Templeton al borde de la fosa, ésta abierta y las otras dos personas.

—Conque ¿intentando asesinar a alguien? —preguntó con ferocidad—. Ya os daré yo, hatajo de...

No pudo acabar. Había visto el grupo, pero no la pistola que empuñaba el rubio. El arma hizo fuego dos veces, una en el cuerpo del guardador del cementerio y la otra en la linterna. Al mismo tiempo, Templeton se echó hacia delante.

El vigilante se dobló sobre sí mismo y cayó al borde de la fosa, moviendo las manos convulsivamente y perneando. La linterna se apagó, pero la «sorda» continuó luciendo en la mano del chófer. Éste se inclinó hacia la fosa.

—Con una bala has matado dos pájaros —dijo.

El rubio miró también.

—Lo remataré —dijo.

—Date prisa.

En aquel momento, un silbido apagado llegó a sus oídos. Era una orden imperativa de volver. El rubio lanzó un juramento y disparó. Luego, los dos, a la carrera, se lanzaron hacia el coche.

Éste tenía ya el motor en marcha y el hombre de las sombras estaba sentado al volante.

—Daos prisa —les urgió—. He oído ruidos que se acercaban. Os dije que tiraseis con silenciador, Clocet.

—No me dieron tiempo —se quejó éste, subiendo al «auto», que arrancó seguidamente—. Nos cogió un guardia nocturno y tuve que deshacerme de él.

—¿Y no habéis tenido tiempo de cerrar la fosa? —preguntó la voz, enfurecida—. ¡Hatajo de inútiles e imbéciles!

El coche, con sólo los faritos de posición encendidos, ganó el paseo de ronda del cementerio y salió a Raspail. En contraste con la soledad del cementerio, el *boulevard* presentaba un aspecto bastante animado. El ruido del tráfico había impedido oír a nadie las detonaciones. En aquel momento, los anuncios luminosos alumbraron el interior del coche. El hombre de las sombras, el que se sentaba al volante, llevaba el sombrero muy agachado sobre la frente, y presentaba a Clouet un perfil aquilino, con una boca de labios finos y firmes. Era la cara de hombre de unos cuarenta años.

—¿Dónde vamos, jefe? —preguntó Clouet.

—A reunirnos con Mauriac. Llega esta noche en el avión de Brest. Nos esperará en la casa. Y basta de preguntas. Déjame pensar.

Por el *boulevard* St. Michel alcanzaron Soufflot, cerrada por el frontón seudogótico del Panteón. Al lado de la Escuela de Medicina, cerca del Museo Cluny, hay una pequeña calleja de casas particulares. Allí se paró el coche, ante una de ellas.

Descendieron los dos hombres, y el chófer fue a encerrar el automóvil dos manzanas más allá. Schlaps abrió la puerta y penetraron en la casa. Allí, en una sala de vastas proporciones, había un hombre esperándolos. Se trataba del mismo que dinamitara el barco tipo «Liberty».

—Buenas noches, «messieurs» —dijo, sonriendo. Era un hombre

joven y que parecía estar siempre de buen humor—. ¿Han progresado?

—Alguien vendrá esta noche aquí —dijo Schlaps, dejándose caer en una silla—. Alguien a quién ustedes no conocen.

—Me imagino quién será —dijo Clouet pensativamente, mientras encendía un cigarrillo—. Y me imagino también que vendrá con sus mismos tufos de siempre. Ese hombre me hace enfermar.

—Es necesario —dijo Leblanc—. De lo contrario, tendríamos nosotros solos que librarnos de las redes de la Policía. Él nos protege bastante.

—Ese ruso repugnante —insistió Clouet, bastante molesto—. Si no fuese porque lo necesitamos, no me molestaría en absoluto prescindir de él.

—Hace algún tiempo que nuestro amigo Lenoir está bastante nervioso —dijo Schlaps, suavemente—. Hoy, por ejemplo, falló el golpe. Es decir, falló el golpe en lo que a eliminación de pruebas se refiere. Creo que al agente lo matarías, ¿no, Lenoir?

—Claro que lo maté —respondió Clouet—. Seguro que sí, pero es que usted mismo fue quien me dio la señal de alarma.

Leblanc miró curiosamente a Clouet.

—Los fallos es algo que nuestro amigo del «telón de acero» no perdona. Recuerde a Brigant. Apareció muerto muy misteriosamente. Todos nosotros sabíamos que él no padecía del corazón, pero los médicos certificaron que así era. ¡Cuernos! El ruso lo mató de alguna manera.

Clouet se encogió de hombros, pero se había puesto ligeramente pálido.

—No he fallado ningún golpe y no veo la necesidad de estar cacareando por ello. «Herr» Schlaps...

—Déjese de nombres propios, por favor —dijo duramente el alsaciano—. No quiero que me llame por ese nombre.

—Dispense —dijo Clouet—. No es que esté nervioso, sino que ese hombre no me gusta nada.

Fue en aquel momento cuando le interrumpió la llamada a la puerta. Clouet apagó su cigarrillo con un movimiento nervioso, y Leblanc fue a abrir. Un momento después entraba acompañado por un hombre.

Nada en aquel tipo llamaría la atención por la calle. Era de mediana estatura y robusta complexión. Su cabello oscuro, cortado bastante corto en la nuca y en los aladares, iba tapado con un sombrero castaño oscuro, de fieltro, y llevaba un gabán de un color parecido. Solamente sus ojos desmentían el aspecto aburguesado de su exterior. Eran azules, muy fríos y miraban siempre fijamente a su interlocutor. El que hablaba con «*monsieur*» Armikobo, secretario consular de la Unión Soviética en Francia, siempre se encontraba ante la desagradable idea de que el ruso no le estaba creyendo lo que decía. Era una impresión bastante molesta.

—Buenas noches, señores —dijo, quitándose el sombrero y dejándolo sobre una mesa—. ¿Novedades? —añadió enseguida.

—Nos desprendimos del americano —contestó Schlaps sin moverse y examinando al otro con evidente antipatía—. Eso costará dinero, *monsieur*.

—Supongo que sí. Tendrán lo que se les ofreció. Ya me he enterado de lo del barco. Buen trabajo, pero debería haber sido hundido en vez de averiado nada más.

—A usted quisiera haberlo yo visto allí —respondió Leblanc fríamente—. Hice todo lo que pude y, por lo menos, dificulté la descarga durante algún tiempo. Pedir más es gollería.

El ruso le examinó de pies a cabeza, pero Justin Mauriac, alias *monsieur* Leblanc, no pareció tener ningún temor.

—A usted se le paga por hacer ese trabajo —dijo Armikobo—. Además, ¿no es usted comunista?

—Sí, desde luego, mientras los comunistas me paguen, amigo —respondió Mauriac sin inmutarse—. Sólo que, además de pago, quiero que me traten como una persona. No se olvide de que no está usted en su Rusia, «mon ami», sino en Francia. Allí puede aterrorizar hasta la epilepsia a algún pobre hombre, pero aquí, no.

—¿Cuánto duraría usted si nos traiciona? —preguntó.

—Le avisaré.

Sin despedirse abrió la puerta y salió de la habitación. Mauriac se echó a reír alegremente.

—Le hemos puesto en su sitio —dijo, encendiendo un cigarrillo—. Ha estado usted muy bien, jefe. No me gustan los comunistas, pero no haré ascos al dinero que venga de su parte. Es que el individuo se estaba poniendo demasiado insolente.

—Llevad cuidado —aconsejó Schlaps—. Ya sabéis que hay cierto capitán Yégorof en la Embajada que tiene fama de procurar pases para el otro mundo con una facilidad asombrosa. Es un especialista en muertes repentinas y difíciles de diagnosticar.

Mauriac sacó un objeto del bolsillo. Era una pistola «Walther», alemana, a la que se podía acoplar un cargador en espiral capaz para cuarenta cartuchos. El conjunto formaba algo así como una pistola ametralladora muy manejable.

—Con esto —dijo— no le temo a cualquier nacido de madre. Y tengo un par de apaches que darían mucho que hacer a la Policía secreta rusa —e inclinando la cabeza hacia atrás prorrumpió en una carcajada larga y agradable.

VIII



A primera sensación que tuvo fue la de que había caído por perder el pie, pero, en realidad, fue su subconsciente el que le mandó tirarse a la zanja al sentir tras él el pistoletazo del hombre que lo había aprehendido, de Clouet. Se dejó caer, parte por impulso de supervivencia y parte porque el disparo lo galvanizó a la acción.

Pero en cuanto su largo cuerpo tomó tierra, su razón vino en su ayuda. Fuese lo que fuese, no lo habían herido de nuevo, aun cuando la recién cicatrizada herida del hombre le dolía bastante. Por encima de él oyó el ruido de la caída del vigilante nocturno y las voces de los dos maleantes. Un momento después llegó a su oído claramente las palabras: «Lo remataré», y se movió ligeramente. Gracias a la oscuridad y al nerviosismo, Clouet falló el disparo por la mitad de una pulgada. Prácticamente, la bala atravesó la

chaqueta del americano.

Pero ahora se dio cuenta de que lo habían dejado solo y al mismo tiempo oyó el ruido que hacía alguna gente al acercarse. También, el sonido de un automóvil que se alejaba con rapidez. Entonces alzó la voz pidiendo auxilio.

Al principio no le respondió nadie. Luego, alguna luz se encendió a su derecha y por fin sonó claramente el ruido de pasos y de voces que se interrogaban en... inglés.

Gritó de nuevo, pidiendo ayuda, ya que él sólo jamás podría salir de la fosa, porque ésta era muy honda y su hombro estaba herido. Entonces, por encima de él, resonó una voz:

—¡Eh, «my fellow»! ¿Qué diablos está haciendo ahí?

Y otra preguntó:

—¿Es que lo enterraron vivo y se ha despertado ahora? Eh, Tom, aquí hay un resucitado.

—Échenme una cuerda o algo —pidió Templeton—. Me he caído en la oscuridad.

—Bueno; esto es lo más sabroso... —empezó uno de ellos.

Pero al cabo de dos minutos, los cinturones atados de varios hombres, descendieron como una serpiente hasta el fondo de la fosa. Templeton se cogió con una mano y dijo:

—Tiren.

Un momento después estaba arriba. Un grupo de cinco americanos de ambos sexos le rodeó.

—Usted es estadounidense —dijo uno de ellos.

Al parecer, estaban en un estado de alegre embriaguez, tanto ellos como las chicas, ya que ninguno pasaría de los veinticinco años.

—Ha sido providencial que llegaran ustedes —dijo el agente del F. B. I.

—. De lo contrario hubieran podido echarme tierra encima. Sí, soy americano.

—Hemos venido a ver el cementerio a la luz de la luna, pero no hay luna en París estos días —dijo una bonita joven de rubios cabellos—. ¡Qué lástima, sí!

—Nos estamos empapando —dijo otro—. Vámonos —todos tenían los cabellos pegados a las sienes y a la cabeza, y entonces parecieron darse cuenta de ello—. Tenemos el automóvil ahí cerca

—le explicó a Templeton.

Se metieron en el coche, que los estaba esperando en una de las encrucijadas, y uno de ellos se puso al volante para conducir.

—¿Qué andaba usted rondando por el cementerio a estas horas?

—preguntó el que parecía el jefe—. No estaría usted tratando de verlo a la luz de la luna, ¿verdad?

—No, muchachos. Por cierto, que, ¿pueden conducirme a un hotel para pasar la noche?

—Puedo, ya lo creo. Lo llevaremos al nuestro. No tiene baño individual, pero está muy bien situado. Ya verá.

—Antes pase por la calle de Passy, Hotel Lyon, si no le molesta. Tengo algo que hacer por allí.

Llegaron al hotel a las diez y media y la primera persona con quien se tropezó Templeton en el salón fue con la doctora Vivían Hall. La muchacha lo miró un momento, como si no pudiera dar crédito a su mirada, y luego lo cogió de la mano.

—¡Pero, hombre de Dios! —dijo—. ¿Qué ha estado haciendo usted?

Templeton decidió que no valía la pena pasar la noche en hotel alguno, sino ocupar de nuevo su habitación. Se despidió de los jóvenes americanos y le hizo una seña a la muchacha de que lo siguiera.

Cuando le contó lo que había ocurrido aquella noche, ella abrió los ojos, horrorizada.

—Pero —dijo— ¿se da usted cuenta de que lo van a matar si se enteran de que no pudieron acabar con usted?

—Y ¿qué quiere que yo le haga? He de buscar a ese Schlaps, aunque ello me haya de costar la pelleja.

—Podría usted pedirle ayuda a McTavis —dijo ella, impensadamente—. Es un buen sujeto, en el fondo.

Templeton crispó los labios.

—No me vuelva a hablar de ese hombre —dijo—. Está trabajando contra nosotros, ya lo sabe usted.

—No es eso lo que él me dijo —respondió la joven.

Templeton se quedó parado. De modo que el escocés había vuelto ya. Y había visto a la joven. Contempló los oscuros cabellos de Vivían y sus rojos labios y de pronto sintió un vívido impulso de besarla. Con un esfuerzo se contuvo.

—Vivían —dijo de pronto, llamándola por su nombre de pila—: ¿significa para ti algo McTavis?

Ella lo miró asombrada al principio. Luego, al comprender, dejó que una sonrisa vagara por sus labios. La sonrisa de toda mujer que ve a un hombre celoso por causa de ella.

—No tienes ningún derecho a preguntar eso... Ivor —respondió. Y dio media vuelta—. Por ahora, lo que más nos interesa es encontrar a ese Schlaps, ¿no es eso? Si al menos Angus y tú pudierais trabajar juntos sin pelear... las fuerzas unidas de ambos lo conseguirían mejor.

—Deja eso ahora. Por de pronto, tengo una idea. Mañana dirán los periódicos que se ha cometido un atentado contra mí, pero que he resultado ileso. Algún movimiento tendrán que hacer ellos. Saben que les seguimos la pista.

Ella se dirigió a la ventana y contempló por unos instantes la lluvia que caía finamente.

—Eso representa... que vendrán de nuevo a buscarte —dijo.

—Eso mismo es lo que deseo —asintió él.

—Bien —dijo Vivían, por fin—. Supongo que sabrás lo que haces. Pero no estás en condiciones de defenderte con ese hombro así. ¿Por qué no esperas un poco?

—¿A que tu Angus lo descubra? —preguntó él ferozmente—. No, gracias. Aunque me tenga que dejar todos los miembros en el asunto seré yo quien lleve a Schlaps ante la Justicia de los Estados Unidos. Ha matado a uno de nuestros mejores agentes, no lo dudes.

—Bien —dijo ella—. Te ayudaré en lo que pueda, Ivor; pero no creo que pueda ser mucho. Por ahora creo que te convendría descansar.

Angus McTavis abrió el periódico y empezó a leerlo. A su lado, Waring lo observaba con curiosidad discretamente disimulada.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Anoche han querido asesinar a nuestro común amigo míster Templeton —dijo el escocés punzantemente—. Gracias a Dios, no lo han conseguido. Pero no me hubiera molestado demasiado que le hubieran roto un par de huesos más. Ha resultado mejor informador de lo que yo creía. Y apuesto doble contra sencillo a que este suelto del periódico no es otra cosa que un intento de hacer caer a Schlaps en la trampa. Escuche, Waring: dice claramente que, durante un

momento, pudo ver la cara del alsaciano. Puede que sea verdad y puede que no, pero esto es como poner un gusano en la punta del anzuelo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó su compañero.

—Deshacerle el plan a nuestro primo de allende el Atlántico.

—¿Está usted seguro, McTavis, de que solamente el orgullo profesional es lo que le hace sentir esa animosidad especial contra el americano? —preguntó maliciosamente.

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó el escocés, volviéndose hacia él con la cara sombría.

—Nada. Que me ha parecido una joven muy bonita —le respondió su compañero, sin venir a cuento, al parecer.

—Métase en lo que le concierna, Waring —replicó McTavis borrascosamente—. Y recuerde que tenemos que trabajar.

—Bien; usted manda. Dígame qué es lo que tengo que hacer.

—Ese animal de Waring —dijo para sí—, ¡vive Dios! que ha dado en el blanco más de lo que se figura.

Monsieur Justin Mauriac, alias *monsieur* Leblanc, dejó caer el periódico con una exclamación que denotaba a las claras que no estaba demasiado conforme con la marcha del mundo.

Se lanzó al teléfono y marcó un número. Un momento después, una voz recia le contestó.

—¿Dupont? —preguntó. Cuando le respondieron dijo—: ¿Ha leído usted el periódico? El «París Soir». Bueno, pues léalo. O, mejor dicho, le leeré un suelto que le va a hacer mucha gracia —lo hizo, y al otro lado del hilo oyó una exclamación ahogada, y un momento después, una serie de maldiciones en alemán y en francés—. Voy enseguida, Dupont —dijo, contestando a algo que le decía el otro.

Y silbando suavemente para sí, se puso un gabán y un sombrero, después de echarse al bolsillo la pistola «Walther» y salió a la calle. Estaba bastante preocupado por lo que acababa de leer en el periódico, para darse cuenta de que un hombre de alta estatura, que hasta entonces estuviera tomando lentamente su café en la acera de enfrente, se levantaba, se subía el cuello de una trinchera de color gris plomo y lo seguía. Aquel hombre tenía los ojos de un azul muy claro y el pelo rubio pajizo y unos pómulos extraordinariamente pronunciados. Pero en medio de todo, no dejaba de resultar

atractivo.

Leblanc llegó a la primera parada de «taxis» y alquiló uno. El ruso lo siguió en otro, sin dejar de fumar largos cigarrillos siberianos en una boquilla especial. Cualquiera de los rasgos de su rostro aparecía perfectamente en reposo y sólo sus ojos azules delataban la actividad interior.

El coche se metió en una callecita pequeña, pero ancha, situada en las cercanías del cementerio de Père Lachaise, esa tranquila barriada fronteriza de St. Garvais des Prés. Aquél era uno de los múltiples refugios de que el ciudadano Schlaps se valía para sus actividades. Allí era un rentista llamado Dupont, un hombre afable con sus vecinos y que compraba dulces a los chiquillos. Cualquiera ama de casa hubiera puesto la mano en el fuego por él. Solamente un día ocurrió una cosa muy curiosa.

Se agachó para recoger a un niño que se había caído en el arroyo y el pequeñuelo, asustado todavía, pretendió agarrarse a su pelo. Ante el asombro de la madre del niño, toda aquella espesa y rubia melena que llevaba siempre cuidadosamente peinada, se quedó en la pequeña manita. *Monsieur* Dupont dejó al niño en el suelo precipitadamente y se volvió a poner bien el peluquín, mientras miraba a su alrededor. Nadie, pensó él, se había dado cuenta. Pero la madre de la criatura, que miraba desde su ventana, sí. La mujer sonrió y pensó en la fatuidad de ciertos hombres. A veces es preferible una calva digna a un peluquín.

Eso era todo. Leblanc llamó a la puerta y, un momento después, el propio Schlaps le abrió. Nadie hubiera conocido en aquel hombre desencajado al pulcro Dupont.

—Entre —le dijo.

Cuando estuvieron en la salita, calentada por un fuego de chimenea muy agradable, ambos se quedaron mirándose. Por fin, el alsaciano dijo, con las mandíbulas apretadas, mascando casi las palabras:

—Clouet es un idiota y debe morir. Ya ha hecho fracasar dos veces nuestros planes.

El joven Mauriac, el dinamitero, se asomó a la ventana. Nada, sino la niebla, pudo ver.

—Como quiera, Schlaps. Creo que tiene usted razón; pero ¿qué hacemos ahora?

El alsaciano lo miró especulativamente.

—Matar —dijo.

Mauriac lo pensó un momento. Luego sonrió agradablemente.

—Sí; pero ¿a quién?

—Otra vez al americano. Llevarás a Clouet contigo, pero serás tú quien dirija la cosa, no él. A la menor señal de peligro, lo matas a él también.

Volvió a sonreír Mauriac.

—Perfectamente.

—Dejo a tu cuidado los detalles, pero no falles tú también. Sé que eres más listo que Clouet y que tienes más iniciativa. No me falles.

Mauriac estrechó la mano del alsaciano y se dirigió a la puerta. Siempre habían sido los dos buenos amigos, aun cuando Mauriac, pese a su juventud, había figurado en las líneas de la Resistencia Francesa, y eso era algo que Schlaps no perdonaba. Su odio por los aliados era particularmente virulento.

El francés salió de nuevo a la calle, inundada de la niebla. Se ha hablado mucho del «puré de guisantes» de Londres, pero París no le va a la zaga en eso. En este momento era casi imposible la visibilidad a unas yardas de distancia.

Por eso no vio el «taxi» parado allí cerca. Sí hubiese sabido que Yégorof lo estaba aguardando, no hubiese estado tan tranquilo. Montó en su «taxi» y dio la dirección de la calle de Passy.

Es sabido que, a veces, las circunstancias hacen que varias vidas coincidan lentamente hacia un punto, no importa dónde esté situado éste. Varias líneas se van buscando hasta que se encuentran. Entonces, algo ocurre.

Ahora eran tres trayectorias las que se acercaban hacia un punto central. Un hombre alto, rubio, de gran corpulencia, que andaba por entre las calles turnando tranquilamente y pensando en los oscuros rizos de una muchacha americana.

En un coche de alquiler iba, erguido dentro de su bien cortado traje, otro hombre rubio y alto, aun cuando no tan corpulento como el primero. Un hombre de pronunciados pómulos esclavos y ojos azules, helados como los lagos de su tierra.

Y, por fin, un francés de mediana estatura, de anchos hombros y sonrisa contagiosa, que llevaba en el bolsillo del gabán una pistola

«Walther» alemana, con un cargador en espiral que podía disparar cuarenta cartuchos.

Y el centro lo componía un hombre. Un hombre al que uno de los demás quería matar, otro proteger y el último ni proteger ni matar. Observar, sencillamente. Porque el capitán Yégorof sólo tenía orden de silenciar lo mejor posible a Mauriac y a Schlaps en cualquier caso.

Fue el escocés el primero en llegar a su destino. Preguntó en el «comptoir» y le dijeron que tanto «miss» Hall como míster Templeton se hallaban en sus habitaciones. Donde primero llamó fue en la puerta de la joven. Ésta le abrió al cabo de un momento.

—¡Ah, pase! —dijo con una sonrisa—. Creí que era usted otra persona.

—Templeton —supongo— respondió él con su acento cantarino, encendiendo un cigarrillo y apoyándose contra la puerta.

La joven lo miró rápidamente.

—Podría ser.

—Cuando pase todo este jaleo tengo que pedirle una cosa —dijo McTavis.

—La clásica franqueza escocesa —dijo ella sonriendo todavía. ¿No quiere hacerlo ahora?

—No; dispense, pero no. Antes tengo que acabar algo que tengo entre manos.

—¿Está seguro? —preguntó una voz a sus espaldas.

McTavis se volvió lentamente. En la puerta estaba Templeton, con su brazo en cabestrillo.

—Completamente —fue la respuesta del escocés. Ya lo verá. Por de pronto, impetuoso amigo americano, está usted en peligro. Tal vez no lo sepa, pero lo está.

Templeton prendió un cigarrillo.

—No me diga. La guerra ya pasó.

—El que le hirió a usted era un niño comparado con el que se ha echado a las espaldas —replicó Agnus—. Pero haga lo que quiera.

—Escuche, McTavis —dijo seriamente Templeton—. Le ofrecí varias veces la oportunidad de que colaborásemos ambos lo más estrechamente posible. Aun cuando nuestros Gobiernos tengan sus diferencias, en este caso funcionan tras el mismo objetivo: coger a ese Schlaps. ¿Por qué diablos no quiso usted?

Hubo un silencio.

No dice usted más que tonterías, Templeton —dijo por fin McTavis fríamente—. Está usted un poco histérico por su herida, eso es todo. No hay nada que pudiéramos haber hecho juntos que no lograría yo resolver.

Aquello era un insulto deliberado. Templeton enrojeció y se le quedó mirando furioso.

—Haga lo que quiera, McTavis, pero lo más probable es que se arrepienta de ello.

El escocés se encogió de hombros y se volvió a la joven.

—La invito a cenar por ahí —dijo lentamente.

Templeton miró a la joven y afirmó levemente con la cabeza. Pero el escocés vio la señal.

—¿Desde cuándo necesito su aprobación para salir con *miss* Hall? —preguntó volviéndose hacia él.

Templeton fue ahora el que se echó a reír de buena gana.

—Nadie dijo eso. Creo que está usted un poco histérico también, McTavis. Ya ve cosas que no existen.

—Cállense los dos y dejen de discutir —replicó la muchacha—. De acuerdo, McTavis, saldré con usted, pero me traerá de vuelta dentro de media hora todo lo más, ¿entendido?

—De acuerdo. Y recuérdelo, Templeton: está usted en peligro.

—Calle ya, McTavis; me aburre. Vaya algún día por los Estados Unidos y verá cosas que le quitarán esa tontería de complejo de superioridad tan británico que tiene usted. Le aseguré que los ingleses no son superiores a los demás pueblos, al menos ahora.

—¿De veras no? Yo no digo los ingleses, digo los escoceses —respondió Angus sonriendo—. Y eso habrá de reconocerlo usted.

—Tanto —respondió Templeton, correspondiendo a la sonrisa, que el padre de mi padre nació en Aberdeen.

La joven apareció con un gabán al brazo, y colocándose un sombrerillo de forma muy graciosa. Templeton la contempló con ternura y un poco de envidia.

—¿Por qué no viene usted también?

—Tengo que trabajar —respondió Templeton—. Otro día seré yo quien la invite a cenar.

Cuando se hubieron marchado, Templeton se fue a su cuarto y echó el pestillo. Ahora, a esperar. No dudaba que Schlaps, de una

forma u otra, trataría de ponerse en comunicación con él. Una comunicación mortal, porque de ella alguno de los dos no saldría vivo. Recordaba las instrucciones del inspector Alan Brade. El inspector era un hombre de unos cuarenta años, que llevaba en el F. B. I.

cerca de quince. Le había dicho:

«El reclamo siempre lleva la ventaja, porque está muy preparado. Pero eso es cuando el que hace de cebo tiene los nervios templados. No descansen nunca si está usted tratando de que alguien venga a matarlo. Duerma a poquitos, y no tome excitantes. Ellos sólo servirían para que usted fallase el disparo cuando más necesidad tuviera de tener la mano firme».

Y Alan Brade sabía lo que hacía. No en vano había buscado espías por toda Europa en los años anteriores y posteriores a la segunda conflagración mundial. La justicia pudo saldar sus cuentas con el célebre «Gorrión» gracias a él.

Se dejó caer en un sillón con la pistola en la mano. Su arma era de fabricación francesa y bastante segura en el tiro.

Waring fue el primero en darse cuenta de que el coche que se había parado una manzana más allá, fuera de la iluminación del Hotel Lyon, había dejado un ocupante, y que a ese ocupante no lo había vuelto a ver. Waring era un hombre de rápida acción, y se decidió al instante. Una de las cosas que mejor hacía era fingir la borrachera, de manera que ahora, dando traspiés, se dirigió hacia donde el «taxi» estaba disponiéndose a marchar.

No tuvo necesidad de caminar mucho. Unos pasos más allá vio que un hombre se pegaba más todavía al quicio de la puerta, y se dejó caer contra él.

—Usted... ¡hip! —le dijo, levantando una mano admonitoriamente en el aire—. Usted... eso es, ¡hip! debe mirar por dónde anda... ¡hip!

El otro no le contestó. Podría creerse que ni siquiera le había oído. Mauriac sabía que la mejor manera de desprenderse de un borracho es no discutir con él. Y Waring también lo sabía.

—Gracias... ¡hip! por la disculpa. Creo Que es usted... ¡hip! un caballero.

Y se marchó dando tumbos, pero sin dejar de mirar por el rabillo

del ojo a la puerta del hotel. Vio salir en aquel momento a su jefe y compañero McTavis, acompañado de la chica.

Al llegar a la esquina se paró y miró alrededor. La niebla había ocultado por completo todo vestigio de vida, pero oyó el ruido de un motor. En aquel momento tropezó con alguien más. Con un hombre alto, enfundado en un gabán muy oscuro.

Instantáneamente volvió a su papel de borracho.

—No puede uno... ¡hip!... pasar por la calle sin que... ¡hip! lo empujen a uno. Me quejaré, ¡hip! a mi diputado, eso es... ¡hip!... Una desconsideración.

El capitán Yégorof lo empujó, echándolo fuera de la acera. Waring ignoraba quién era aquel hombre, pero le pareció que había estado parado en la esquina. Y aquello era significativo. Decidió enterarse de algunas cosas más.

—¡No tiene usted derecho! —empezó a ladrar casi incoherentemente—. Para tratarme así no hay ningún derecho, ¿eso es! Me quejaré... ¡hip! a mi diputado, y... ¡hip! hasta a la Policía. No puede un honrado... ¡hip! trabajador beber una copa sin que...

—Cállese —le ordenó el otro en voz baja, pero vibrante. Al instante, Waring prestó atención. No era un francés quien le estaba hablando.

—Llamaré... ¡hip! a un policía.

Yégorof no pudo resistir más. Sí algún gendarme acudía, todo se echaría a perder. Además, le parecía que había perdido el rastro de Mauriac. Y eso no debía ser, si no quería él encontrarse con una depuración por inutilidad. Había que obrar.

Sacó la mano del bolsillo y levantó algo en el aire. Al instante, Waring se dio cuenta de lo que se le venía encima, y sin dejar de parecer un ebrio, dio un paso atrás. Algo así como si hubiese resbalado.

La culata de la pistola, en vez de darle en la cabeza, como había supuesto el ruso, le golpeó en el hombro. Pero Yégorof, según pensaba Waring, no tenía ninguna necesidad de enterarse de aquello. Por tanto, se dejó caer al suelo, procurando no hacerse demasiado daño.

Yégorof no perdió el tiempo. Lo cogió por los sobacos con una fuerza brutal y lo arrimó contra la pared, en el quicio. Cualquiera que pasase por allí creería que se había caído borracho. No se le

ocurrió olerle el aliento, aun cuando no hubiera sospechado nada, porque Waring, como buen inglés, jamás despreciaba un buen vaso de «*whisky*». Y el «*whisky*» es bastante malo en Francia.

Waring abrió un ojo y vio que su atacante se alejaba entre la niebla. Al instante, sin hacer ruido, se levantó, tocándose el hombro allí donde la pistola le había golpeado, y lo siguió. No tuvo que andar mucho.

No pudo ver la colisión al principio, porque la niebla era un puré espesísimo, al que ni la luz de los reverberos de gas rompía. Pero si oyó el ruido.

Fue como un baque antes de que él diese dos pasos adelante. Como un choque de dos caminantes que no se han visto. Pero oyó también una maldición en purísimo francés académico.

—Dispense —dijo la misma voz del hombre que lo atacó—. Hay tanta niebla que no veo ni por dónde ando.

Silenciosamente, Waring se aproximó a ellos, hasta que pudo distinguir las dos figuras. Entonces, adoptando todo género de precauciones, se escondió en un quicio.

—Está bien —dijo la voz del francés—. Dispense por la maldición.

—De nada, de nada —respondió cordialmente el otro. Y ninguno de los dos se movió. Mauriac se puso nervioso.

—Si va hacia allá, puede hacerlo sin cuidado —dijo—. Parece que no viene nadie en esta dirección.

—Sí —respondió el otro.

Pero no se movió. Y ello empezó a escamar a Mauriac. Súbitamente sacó una mano del bolsillo y Waring vio destellar el cono truncado de una linterna eléctrica. También, por lo cerca que estaba, vio la cara del hombre, iluminada vivamente debido a la cercanía de la lámpara. Y él conocía aquella cara. Era la del capitán Yégorof, un agregado militar consular ruso. Y corrían muchas historias acerca de él. Y esas historias no eran para ser referidas a los niños, precisamente, en las noches de invierno.

Mauriac se echó atrás reprimiendo una maldición. No podía ser casual la presencia del ejecutor de altas obras soviético, después de haber él discutido de aquella manera con *monsieur* Armikobo. Sólo podía significar una cosa: muerte.

Dejó caer la linterna, y el chasquido de ésta al caer al suelo se

confundió con el de un ruido como el de una palmada seca. Un ruido inaudible a diez yardas, pensó Waring, por la niebla. Era la detonación de una pistola de aire comprimido.

Hubo un gemido ahogado, pero Waring no podía saber si había sido el ruso quien lo diera o el otro, el hombre que estaba vigilando también el hotel.

Esperó. No hubo ningún ruido durante dos minutos, pero de pronto el inglés sintió que el pelo se le ponía de punta. Algo se arrastraba, pegado a la pared, en dirección hacia el sitio en que él estaba. Algo que se movía con mucha lentitud, con extraordinaria lentitud, pero que producía un roce perceptible.

Se apretó contra el quicio todo lo que pudo, que no fue mucho más. No sabía en absoluto quién era el que avanzaba, ni si había sido el ruso quien, fue herido o el hombre que hablaba como un universitario francés.

Entonces la niebla le permitió ver algo. Era el francés el que avanzaba, pulgada a pulgada, sujetándose el vientre con ambas manos. No obstante, parecía bastante decidido.

No vio a Waring. Pasó a menos de diez pulgadas de él, pero iba volviendo la cabeza hacia atrás constantemente, y de su boca se escapaba un ligero y constante gemido. Waring sintió compasión por él, porque sabía los efectos que produce una bala en el vientre, cuando uno no puede dejarse curar por un médico.

Y entonces apareció el ruso. Venía inclinado hacia el suelo, con algo en la mano. Mauriac lo vio en el mismo momento que Waring, y su gemido se hizo más intenso. Pero, valientemente, parecía decidido a vender cara su vida.

Waring no pudo intervenir. Además, él ignoraba por qué aquellos dos hombres querían descuartizarse tan furiosamente. No sabía tampoco de parte de quien estaba la razón, aun cuando, conociendo la fama del ruso, imaginaba que no sería suya, desde luego. Pero, por otra parte, el francés debía ser un agente de Schlaps. Lo que no imaginaba era por qué se lanzaban uno contra otro, como dos perros callejeros.

Yégorof dio un salto y cayó al lado de Mauriac con el impulso de una pantera. Aquel hombre era ágil, muy ágil, y se conservaba en espléndida forma. Pero el francés, aunque herido, tampoco era manco. Llevaba ya la navaja en la mano, dispuesto para su uso

inmediato, y no perdió el tiempo. Alzó el brazo y lo descargó de través, mientras su gemido iba en aumento. Con una atroz sensación de lástima, Waring se lanzó hacia delante. Si no intervenir, por lo menos llevar a aquel hombre a un sitio en el que le pudieran atender.

El ruso, alcanzado a la altura del pecho, pareció vacilar y se apoyó en la pared. Mauriac había fallado el golpe que quería, el de meter la navaja en el yeyuno y rasgar hacia arriba, hasta tropezar con el cinturón de cuero del otro. Pero, no obstante, fue un buen golpe. La pistola del ruso volvió a palmotear, y esta vez Mauriac cayó definitivamente al suelo.

—¡Muere! —exclamó el ruso, cayendo hacia atrás—. Exhaló un ronco suspiro, perneó un momento y luego quedó inmóvil.

Waring se inclinó sobre el francés y le levantó la cabeza, mientras encendía la linterna eléctrica. Vio cómo los ojos del hombre —era, por cierto, todavía joven— se abrían y parpadeaban.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Waring.

Mauriac lo miró sin conocerlo. Algo así como una chispita humorística pasó por sus ojos, pero inmediatamente volvió a quedar serio.

—Escuche —dijo trabajosamente—. Escuche... Hay un hombre... en peligro.

El inglés tendió los oídos para recoger los últimos suspiros de aquella vida que se apagaba.

—Dígame dónde —pidió.

—En... ese... hotel —respondió Mauriac—. Lo van a matar... Sabotaje... Vaya a la Policía y dígales que... ha sido un sabotaje... Yo fui...

Fue en ese momento cuando oyó los ruidos de botas claveteadas golpeando contra el suelo de macadam. Muchas personas se acercaban corriendo y debían ser guardias móviles o policías. Por un instante sintió un miedo pánico al pensar que lo encontrarían allí, con aquellos dos hombres muertos o moribundos, y que le pudieran colgar los asesinatos. Se levantó instintivamente, pero ya era tarde.

—¿Robando? —preguntó una voz—. ¿O bien matando, «hein, mon gars»?

—Estos dos hombres se mataron entre sí. Yo oí el ruido de lucha

y me acerqué... ¡hip! —empezó a tartamudear Waring, recordando que él era un noctámbulo borracho.

Varias linternas lo enfocaron y se oyeron exclamaciones gozosas.

—¡«Mon Dieu»! —exclamó el teniente coronel Varobski—. Mauriac, y muerto.

Se inclinó rápidamente sobre él.

—Vive aún —dijo. Pero añadió al cabo de un momento—: No me atrevo a trasladarlo, porque lo más probable es que muriera en el camino.

—Dijo... ¡hip! algo acerca de un sabotaje —intervino Waring, tambaleándose entre dos fornidos gendarmes—. Yo no sé... ¡hip! lo que pasa en esta ciudad... me quejaré a mi diputado... ¡hip!

Varobski aproximó mucho su cara a la del francés. Éste había abierto los ojos de nuevo.

—Schlaps —dijo quedamente y con mucho trabajo—. Quiere... matar... a un hombre... ahí —y trató de señalar al hotel.

Una bocanada de sangre apareció entre sus labios, y sus ojos se aquietaron. Una brusca contracción le puso rígidos los brazos y las piernas, y Justin Mauriac, universitario, comunistoide y vividor, murió.

Varobski se puso en pie y le miró fijamente. Luego se volvió hacia el inglés:

—Los dos están muertos ya, mi amigo. Ahora deje de hacerse el ebrio y conteste a unas cuantas preguntas.

—Veré... ¡hip!... a mi abogado. A mi diputado... ¡hip!, sí señor.

Varobski lo cogió por el cuello del gabán.

—Basta de tonterías. Creo que se hace usted llamar Le Cabrier y que es hijo de francés y de inglesa. Ignoro su verdadero nombre, pero ya se le ha visto varias veces con Alan Dumber, del que sospechamos que pertenezca al Servicio de Inteligencia británico. Hable.

Waring se dio cuenta de que tratar de engañar al teniente coronel Varobski no conduciría a nada bueno. Aquel hijo de emigrados polacos parecía bastante seguro de sí mismo.

—Está bien. Usted gana, Varobski —dijo, dejando de hacerse el borracho. Andamos detrás de Schlaps.

—¿Alguien más? —preguntó el otro, sacando un cigarrillo y alargándoselo.

—Sí, un americano que vive en ese hotel. Se llama Templeton, me parece.

—¿Y Dumbar?

Un agente del Servicio de Inteligencia podrá revelar su identidad, pero jamás los nombres de los que trabajan con él. Waring se encogió de hombros.

—No sé ni quién es —dijo—. Y sonrió.

—Bien; debieron ustedes haberlo dicho antes —respondió Varobski dándole fuego—. Hubiéramos podido trabajar juntos, aun cuando he de hacerle observar, mi amigo, que pensamos coger a Schlaps... «nosotros». ¿Quién andaba más adelantado?

—Seguro que yo. Aunque, no sé, ha debido ocurrir algo cuando los soviéticos han creído necesario silenciar a Mauriac. Eso no me gusta.

—Pues a mí, sí —respondió el francés—. Eso demuestra que hay disensión. Nunca he creído que Schlaps fuese comunista. Únicamente que su odio a los aliados le había hecho lanzarse en manos de ellos y convertirse en su instrumento. Pero si ahora no quiere trabajar más para ellos... no seré yo quien se queje, «mon d'un

nom». Sólo que necesito cogerle, colabore con ellos o no colabore. Llévense a estos cadáveres —añadió, volviéndose hacia los gendarmes—. Y ahora nosotros iremos a hacer una visita a ese caballero americano.

NINO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido
de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo
de la juventud.

Conócelo en

AVENTURAS DEL F. B. I.

IX



ERO estaba de Dios que no iban a ver ahora al caballero americano. Éste había podido ver desde su ventana que algo inusitado ocurría en la calle. La llegada de los policías no había podido ser efectuada sin levantar la consiguiente polvareda.

Templeton, con su brazo en cabestrillo, se echó un gabán por encima de los hombros y bajó la escalera hasta encontrarse en el zaguán. Allí había dos mozos discutiendo animadamente, y lo que decían le hizo casi dar un salto. Los gendarmes y Varobski, el hombre del que le habían recomendado se guardara, el mejor hombre de todo el famoso Bureau francés y el que más espías y saboteadores había cogido. Templeton decidió que la cosa se estaba

poniendo demasiado candente para su tranquilidad. Sería lo mejor abandonarlo todo por el momento, aun cuando tuviera que huir.

Se decidió. Llevaba el dinero en la cartera. Buscaría un hotel de mala muerte, donde no pudieran encontrarlo, y se escondería hasta poder comunicarse con Washington.

En el momento en que salía por la puerta, entraban Varovski y Waring seguidos por varios gendarmes. El único que podría haberlo reconocido era el inglés, pero no miró siquiera hacia él. Con un suspiro de satisfacción, Templeton comprendió que había pasado por entre medias de Scilla y de Caribdis.

Salló a la calle fría, sintiéndose no demasiado bien. Le dolía el hombro a causa de la herida, y a veces sentía náuseas. No había hecho más que llegar a la esquina, y miraba a su alrededor para ver si encontraba un coche, cuando de pronto se encontró con el escocés. Éste y su joven compañera se apeaban de un «taxi».

Ambos parecían bastante enfadados. Templeton se puso ante ellos antes de que pudieran verlo, y les cerró el camino. Angus McTavis echó mano al bolsillo de la americana, pero al ver quién era, deshizo el gesto.

—La Policía francesa está en el hotel buscándonos a todos, y han cogido a un hombre, a un inglés, me pareció. Y un francés y un ruso han muerto. El ruso es Yégorof.

McTavis lanzó un ligero silbido.

—Eso son noticias, amigo. No podemos perder tiempo.

—¿Por qué han vuelto ustedes tan temprano? —preguntó Templeton.

—Discutimos —dijo McTavis concisamente. Y por la cara de la muchacha era fácil, ver que discusión había sido bastante agria.

—Entremos en el coche —dijo el norteamericano—. No podemos seguir aquí, o nos echarán mano los gendarmes.

—Usted tenía al annamita aquél, ¿no es cierto? —preguntó Templeton.

—Está en lugar seguro, pero creo que él no sabe nada más que lo que me dijo.

—La falta de morfina puede abrir mucho la lengua a la gente —respondió Ivor—. Tenemos que probar, sea como sea.

Angus, inclinándose hacia el baquet, dio una dirección al chófer. El taxi partió rápidamente hacia el río. Es decir, todo lo

rápidamente que la niebla permitía. Apenas se veía, a pesar de los potentes faros.

—¿Sabía usted que fue seguido? —preguntó Templeton.

—Nadie me siguió —afirmó engreídamente el rubio.

—Bueno, eso es lo que usted cree, al menos.

—Y yo, ¿qué hago? —preguntó la muchacha—. Supongo que no me irán ustedes a estar llevando de un lado a otro como si fuera una maleta. No estoy dispuesta a consentirlo, por otra parte.

—Tú puedes volver al hotel —le contestó Ivor—. Aunque creo que tendrías que soportar algunos interrogatorios por parte de la Policía. Y ello no creo que fuera muy agradable.

—Iré con ustedes —respondió ella, mirándolo—. Así como así, me han arruinado mi cursillo.

Hubo un largo silencio mientras el auto zigzagueaba. El lugar al que se dirigían era una casita de un piso, situada en el muelle. No vieron más que a un solo policía que hacía su ronda tranquilamente, encendiendo su linterna de vez en cuando. Es curioso el efecto de la niebla. Parece estar uno completamente solo, a pesar de que la vida bulle por todas partes. Se diría que ha caído un manto por encima de todo.

Se bajaron, y el americano pagó, mientras Angus McTavis introducía una llave en la puerta. Cuando entraron, se encontraron en una habitación pequeña, sin más muebles que un camastro, donde yacía, atado, un hombre. Era el annamita.

Parecía medio loco. Sus ojos giraban en todas direcciones, y de su boca se escapaba un hilillo de saliva que le corría mandíbula abajo. Al verlos, se puso a aullar, pero el escocés le puso una mano en la boca.

—¡Cállate! —le dijo brutalmente—. Cállate, o no tendrás más morfina en lo que te queda de vida.

La joven se inclinó sobre el indochino y le abrió las pupilas.

—Hay que hacer algo por él —dijo con voz ligeramente temblorosa—. No creo que pueda resistir mucho más este hombre.

Angus sacó del bolsillo una cajita, y de ella una aguja hipodérmica. Se la mostró al prisionero.

—Mira —le dijo—. Hay aquí bastante para «doparte» durante varias horas. Será tuyo si me dices lo que quiero saber.

El otro movió la cabeza afirmativamente. Parecía dispuesto a

decir todo lo que quisieran, aunque no fuese verdad. Su cuerpo se estremecía convulsivamente y parecía que las cuerdas iban a estallar de un momento a otro debido a la presión que sobre ellas ejercían los delgados músculos del vicioso.

—¿Dónde está tu jefe? —preguntó Templeton, inclinándose sobre él.

Angus quitó su manaza de la boca del annamita y éste recuperó aire con un sollozo.

—Yo... iba al muelle... —dijo respirando penosamente—. Allí lo veía. En el muelle... al lado del puente de los Cisnes. Allí, en la barraca de Pierre... me esperaba y me daba la morfina. ¡Dénmela! —bramó.

—Sí me has engañado, no la tendrás —respondió el escocés—. Que Dios se apiade de tu alma si no has dicho la verdad.

Templeton estaba ya en la puerta. Angus se volvió hacia él como si le hubiese picado una serpiente.

—¿Dónde va? —le preguntó.

—A buscar a Schlaps —fue la respuesta.

—No se mueva —le advirtió al americano—. Iremos juntos, o no irá ninguno de nosotros.

—¿De veras? —preguntó Templeton—. Pruebe a impedírmelo.

—¡No sean locos! —gritó la muchacha—. Trabajen juntos si es que pueden. ¿No comprenden lo que les va en ello?

—Claro —respondió Angus sin dejar de avanzar hacia Templeton—. Claro que lo comprendo, monada, pero este individuo se va a aprovechar de mi trabajo. Antes...

En la mano de Templeton había aparecido la pistola, y apuntaba con ella directamente al cuerpo de Angus.

—Ya se lo dije, amigo —le previno—. Le pedí colaboración, y hasta ahora lo único que he conseguido ha sido un tiro en un hombro que me está molestando bastante. No se equivoque, amigo. Podré haber sido demasiado bueno, pero aún no me he convertido en tonto.

Por los ojos del escocés pasó un destello asesino. Aquel hombre que había creído poder hacer toda la faena solo, estaba viendo cómo el premio se le escapaba de entre las manos. Porque el americano, pese a estar herido, había demostrado ser más listo que él. Pero ha sido siempre una de las características de la mente

inglesa el saber perder, aunque siempre reservándose, a poder ser, el derecho a cambiar los acontecimientos.

—Colaboraremos —dijo.

—¿Sí?

—De veras —insistió Angus—. No trato de engañarlo, Templeton. Ahora estoy dispuesto a...

Estaba muy cerca. Se preparaba para, pensando que el americano iba a abandonar la guardia, a lanzarse sobre él y arrebatarse el arma, cuando Templeton hizo un rapidísimo movimiento. A pesar de que su hombro le dolía a rabiar, pudo conseguir el hacer un arco con el brazo hasta conectar el arma con la barbilla de McTavis. Este puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás como un gigantesco roble tronchado por la tempestad. Templeton sonrió torcidamente.

—Siento tener que hacer esto con un hombre que efectuaba el mismo trabajo que yo, pero bien sabe Dios que le di muchas oportunidades —dijo, volviéndose a la chica—. Lo siento de veras. Tú...

—¡Oh, no te preocupes de lo que yo pueda pensar! —estalló ella—. Ninguno de vosotros ha sido lo suficientemente... bueno, lo que sea, para ahorrarme ningún sinsabor. Me habéis metido en el asunto sin yo pedirlo, y ahora vienen las excusas. Cumple tu trabajo, pero te advierto que...

Templeton se acercó a ella rápidamente y le pasó el brazo sano por la cintura. Ella se puso rígida.

—¡Suéltame! —dijo con voz tensa.

—Ni en sueños. Ya te he dicho que lamento todo lo que ha ocurrido, pero supongo que serás lo suficientemente buena americana para comprender que yo tenía razón. Si tus sentimientos hacia McTavis eran de índole...

Ella le puso la mano en la boca violentamente.

—¡Cállate! —le ordenó—. Era un amigo, si es eso lo que quieres decir. —Nada más.

Él, sonriendo, la besó.

—Vamos a la casa o cobertizo, o lo que sea, de ese Pierre —le dijo—. Pero tú no entrarás. No quisiera cargar sobre mí ya sobrecargada conciencia el que algo te pasara.

La muchacha se acercó al caído, lo contempló un momento y

luego le quitó su pistola. Jugueteó con ella un momento.

—Vamos —dijo.

Y ambos salieron a la calle de nuevo. Niebla y más niebla. Se había levantado un poco de aire y éste jugueteaba con los cendales, arrastrándolos hacia el interior y sustituyéndolos por otros más espesos aún. Templeton se orientó.

—Allí está el muelle —dijo, en voz baja—. Espero que no nos sea muy difícil dar con el barracón.

No lo fue. Se encontraba, en realidad, a pocos pasos de allí, medio escondido entre unas cuantas cabrias y un montón de fardos que descargaron aquella tarde un par de gabarras.

Templeton se volvió a la muchacha.

—Quédate escondida por aquí —le dijo, con un murmullo.

—Ni lo pienses. No pienso dejarte ahí solo y con una herida de bala en el hombro. Un niño de pocos meses podría acabar contigo.

Él, sin contestar, se volvió a la puerta y empezó a hurgar. Viendo que no se abría, sacó una barrita de hierro del bolsillo y probó. Un momento después, con un chasquido, la puerta cedió.

—Ven —susurró.

Entraron los dos, y Templeton cerró de nuevo la puerta. Únicamente entonces se atrevió a hacer uso de su linterna, que hasta entonces había descansado en el bolsillo de su gabán. La luz asordada les mostró que se hallaban en un camaranchón de vastas proporciones, lleno en algunos puntos hasta arriba de cajones y embalajes, de los que salía el olor a pescado. El suelo estaba lleno de escamas y alguien había encendido allí recientemente una hoguera, porque se veían los restos carbonizados de maderas.

—Esto se usa por la noche —dijo él, esparciendo los carbones a un lado y otro para observar si había rastros de fuego vivo todavía. No, aquello se había apagado hacía un buen rato.

—Tendremos que esperar —dijo Ivor, sentándose en una caja y haciendo señas a la muchacha de que lo imitara.

—Adiós mi cursillo —suspiró ella—. Me he gastado en este viaje todos mis ahorros y llevo un mes sin ejercer. No sé cómo diablos voy a poder seguir las clases si la Policía se empeña en venir pisándome los talones.

—¿Tan importante es la clase del profesor Cachin? —preguntó Ivor, apagando la linterna y pasándole un brazo por el talle.

Ella se recostó contra su hombro sano.

—Sí que lo es —suspiró otra vez—. Pero tendré que dejarlo.

—Conozco una casita en Washington, cerca de la avenida Pensilvania —le dijo él al oído—, en la que haría mucha falta una doctora, porque el dueño de la casa siempre se está metiendo en líos. Y a lo mejor, en sus ratos de ocio, la doctora podía hacer un buen pastel de manzanas o tener cuidado de la casa.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó ella, de pronto, extrañada.

—Claro. No creas que bromeo. Ignoro si serás muy lista en tu profesión, pero mi madre decía siempre que la mujer que lo sea verdaderamente, siempre encuentra mucha más satisfacción en confeccionar un plato que le haga al marido chuparse los dedos, que en ejercer profesión alguna. Claro que ella no se había acostumbrado demasiado a América todavía. Era checoslovaca.

—Casi creo que tenía razón —dijo ella, apretándose más aún contra él—. Sígueme hablando de esas cosas.

—Pues ella era...

Calló repentinamente. Fuera se había oído un ligero chasquido, apagado, pero perceptible, para unos oídos tan desarrollados como los suyos. Apretó significativamente la mano de la joven y se puso en pie silenciosamente, con la pistola presta.

Nuevamente se repitió el chasquido. Alguien estaba introduciendo una llave en la cerradura y la puerta se estaba abriendo. Con los nervios en tensión, alargó la linterna a la chica.

—Cuando yo diga —susurró, con la boca pegada al oído de ella— enciendes la linterna y la diriges hacia la puerta. Al mismo tiempo te echas hacia un lado, manteniendo la linterna lejos de tu cuerpo. Mejor, la dejas encima de la caja.

Nada más. Ninguna rendija de luz les avisó de que la puerta estaba ya abierta, pero sintieron que penetraba en el camaranchón el frío aire del río. Templeton fue levantando la pistola poco a poco, pulgada a pulgada. Había quitado el seguro y había puesto la primera bala en la recámara, de manera que no tenía que temer que algún chasquido metálico lo delatase.

—¡Ahora! —dijo—. ¡Tírate al suelo!

Un brusco rayo de luz azulada cruzó el barracón y fue a iluminar la puerta. La luz osciló un momento, se oyó el ruido de choque

contra madera, y ya quedó quieta. Empezaron a sucederse las cosas con rapidez vertiginosa.

La linterna había alumbrado a dos hombres. Uno de ellos era bastante alto, de casi seis pies, y rubio. El otro, de mediana estatura y redondos ojos.

El primero fue quien reaccionó con más rapidez. Llevaba una pistola en la mano, la levantó, todavía cegado, e hizo fuego contra la linterna. Falló el disparo y la lámpara siguió iluminando. Fue entonces cuando Templeton apretó el gatillo y empezó a disparar. Dos veces hizo fuego contra el rubio y lo vio encogerse sobre sí mismo, con las manos en el vientre, y otra vez contra el que lo seguía. A éste lo falló por una pulgada y la bala se hundió en la madera de la puerta con un chasquido.

—¡Ríndase! —gritó Templeton, viendo que el otro, que, por cierto, era el hombre que intentase matarlo en el cementerio trataba de alcanzar la puerta.

El francés no le hizo caso e Ivor disparó, pero esta vez hacia sus piernas. Le partió una y el otro cayó al suelo.

—Sal de ahí y vamos —le dijo a la muchacha—. No tenemos tiempo que perder.

Se dirigió corriendo hacia donde estaba el rubio y se inclinó sobre él, mientras la joven lo alumbraba. Estaba muriendo o muerto ya, porque no se movía. Con un rápido ademán, Templeton le metió la mano entre la espesa mata de pelo y dio un brusco tirón. Como lo pensaba. Era una peluca magníficamente trabajada, pero una peluca, al fin y al cabo. La búsqueda del alsaciano Schlaps había terminado.

Templeton sacó un encendedor de tamaño grande del bolsillo y dijo a la joven:

—Mantén la linterna junto a la cara de este tipo.

Vivian le acercó la linterna hasta casi tocar la piel y Templeton hizo lo mismo con el encendedor. Una vivísima luz salió de él, en vez de la llama que debería haber brotado, y Templeton volvió a guardarse el encendedor.

—Listos, querida. Podemos irnos cuando quieras.

En este momento oyeron de nuevo el ruido de pasos. Al instante, Vivian apagó la linterna y esperaron en la oscuridad, con los nervios tensos.

—Creo que es Angus —susurró ella—. Me parece reconocer sus pasos. —¿Qué vas a hacer?

—Impedirle que nos moleste —le respondió Ivor, sonriendo—. Ya lo verás.

Los pasos, que su poseedor quería hacer lo más silenciosos posible, estaban llegando a la puerta. Se detuvieron y las hojas se abrieron lentamente, ahora perfectamente visibles para los dos del interior.

Una sombra más oscura que el resto se insinuó entre las jambas. Templeton levantó cuidadosamente su arma y continuó esperando, hasta que toda la cabeza del escocés hubo pasado dentro. Entonces, por segunda vez en el mismo día, Angus McTavis, agente del Servicio de Inteligencia británico, fue golpeado en la cabeza con una pistola por Ivor Templeton, del

F. B. I.

norteamericano.

Se desplomó hacia adentro, abriendo violentamente las hojas con su corpachón.

—¡Pobre hombre! —dijo la muchacha—. Lo estás tratando demasiado mal.

—Él se lo buscó. Alúmbrame un poco, querida.

Ella encendió de nuevo la linterna, cerrando antes la puerta. Templeton sacó de su bolsillo un lápiz y un trozo de papel y escribió rápidamente dos líneas. Con un alfiler que sacó de su solapa lo prendió a la chaqueta del escocés y luego dijo:

—Vámonos.

Salieron al exterior y la muchacha olfateó con delicia la niebla.

—Sí llego a estar un momento más ahí dentro me muero —dijo, con sinceridad—. Vaya una peste. Y ¿qué diablos le has puesto en ese papel a Angus?

—Vamos a buscar un puesto telefónico, querida, y luego iremos a tomar el primer avión que salga para cualquier parte. Lo primero es salir de aquí cuanto antes.

—¿El teléfono?

—Sí, quiero avisar a la Policía francesa. Pero antes quiero dar tiempo a Angus de que se salve como pueda. ¿Que qué le puse? Pues: «McTavis: pida que lo trasladen a China o algún otro sitio de éstos, pero donde sea condición indispensable que no halle usted un

agente del

F. B. I.».

Nada más escribí.

La risa argentina de la muchacha le hizo coro según andaban entre la niebla.

FIN

A la deriva

En el ambiente más misterioso, rodeado de enemigos, sintiendo a su alrededor el silbido siniestro de los proyectiles, un hombre audaz y astuto, sufre las mayores torturas físicas y espirituales.

ALAR BENET

nos pinta maravillosamente, con su pluma enérgica y ruda, viril, un argumento escalofriante.

A la deriva

presenta al prototipo de hombre, servidor del deber y de la justicia, que, en determinada ocasión, sufre una crisis emotiva que lo lleva a la deriva, internándose en un peligro que lo acecha desde la sombra.

A la deriva

APARECERA PROXIMAMENTE

JAK HOPE, BILL BOY y SAM

son los valerosos protagonistas de los

CUADERNOS INFANTILES

Aventuras del F. B. I.

(Cada ejemplar: 1'25 ptas)

¡LO MÁS ECONOMICO Y DE MEJOR CALIDAD!

